

Del monte sale quien el monte quema

Lope de Vega

Texto basado en el texto de DEL MONTE SALE QUIEN EL MONTE QUEMA encontrado en Lope de Vega Carpio, *Obras dramáticas* (Real Academia Española, 1916), vol. 2. Fue editado en forma electrónica por David Hildner de la University of Wisconsin-Madison en 2001 en el curso de sus investigaciones. Este text luego fue pasado al HTML por Vern G. Williamsen en el mismo año.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- MÚSICOS
-

JORNADA PRIMERA

*Salen el conde ENRIQUE, con gabán y una cayada, FELICIANO
y MÚSICOS*

ENRIQUE: Aquí cantad.

FELICIANO: Un lugar,
deshonor de su horizonte
que en la nieve de este monte
parece pardo lunar,
en cuyos cabellos canos
comienza el alba a reír,
¿tiene quien merezca oír
instrumentos cortesanos
gran ofensa a tu decoro?
ENRIQUE: ¿No suele naturaleza
entre mayor aspereza
criar una mina de oro?
¿Y no suele, artificiosa,
fea y tosca por defuera,

5

10

en una concha grosera 15
 criar una perla hermosa?
 ¿No produce un verde espino
 la corona de las flores,
 que en hermosura y colores
 tiene el imperio divino? 20
 Pues ¿qué mucho que esta aldea,
 planta de esta selva umbrosa,
 tenga una perla, una rosa,
 y una mina de oro sea?
 Vive este monte Narcisa, 25
 sirena en su verde mar,
 de cuyo dulce mirar,
 de cuya graciosa risa,
 cuando sus celajes dora
 con el primero arbol, 30
 tiene que envidiar el sol,
 tiene que imitar la aurora.
 ¿No la adorna el cielo acaso
 de tantas gracias infusas?
 Pues bien sabéis que las Musas 35
 viven el monte Parnaso.
 Semíramis ¿no salió
 de un monte a tan gran corona?
 FELICIANO: Confieso que en su persona
 el cielo depositó 40
 partes y gracias notables
 dignas de mayor sujeto;
 pero no que a lo discreto
 en cosas de veras hables.
 Bien me agrada que entretengas 45
 tu destierro de la corte,
 mas no que a cosa que importe
 con tanto cuidado vengas;
 que ya parece que pasa
 de justo entretenimiento. 50
 ENRIQUE: Si obliga su entendimiento
 como su hermosura abrasa,
 si el amor no es calidad
 sino igualar voluntades,
 ¿qué importan desigualdades? 55
 Narcisa es reina. --Cantad.

MUSICOS: *"Fuente, si se viere en ti, para tocarse, Narcisa, su mismo nombre la avisa que se ha de guardar de sí."*

Sale NARCISA a una ventana

NARCISA: Aunque me alegra el oír,
conde, mi señor, cantar,
más el oíros hablar. 60
Perdonadme interrumpir
la cortesana canción,
que no porque no la entiendo
sus dulces verso ofendo,
que, en fin, como vuestros son. 65
También quiero agradeceros
el estilo y las mercedes
con que honráis estas paredes,
aunque es todo entreteneros.
Si os obligan las costumbres 70
en tan ociosos espacios
a que os parezcan palacios
estas ahumadas techumbres,
¿en qué dorado balcón
os parece que me veis? 75
ENRIQUE: En el del alba, que hacéis
con tan propia imitación
aquella raya oriental
por donde con tal belleza
asoma el sol su cabeza. 80
Con la diadema imperial,
palacios, Narcisa bella,
afectan autoridades,
que es bien que las majestades
siempre se sirvan con ella. 85
Pero es aquí la hermosura
la que da la autoridad
fabricando en la humildad
espaciosa arquitectura.
Allá, rejas y balcones 90
hacen las personas graves;
aquí, tus ojos süaves
y divinas perfecciones.
No he sosegado hasta verte.
La música fue invención 95

para hablarte en ocasión
que menos pueda ofenderte.
¿Quieres que me acerque más?
NARCISA: Bien puedes; mi padre duerme.

Sale TIRSO con una capilla y una espada

TIRSO: ¿Adónde voy a perderme?	100
Tirso, ¿dónde diabros vas?	
No es competencia querer,	
sino villana osadía,	
igualarse a una señoría	
labrador que araba ayer.	105
Pero yo sirvo mi igual,	
y este conde--o condenado--	
es en pretender culpado	
un amor tan desigual.	
Mas son señores; ¿qué quieres,	110
Tirso? Tú a casarte vas	
y ellos no, porque los más	
suelen comer las mujeres	
como dátiles, si igual	
no es la sangre a la belleza,	115
que se comen la corteza	
y echan las almas a mal.	
El diablo le trujo aquí;	
nunca el rey le desterrara,	
porque como no le habrara	120
no hiciera caso de mí.	
Pues no fíes en su amor,	
que sólo comer procura	
la corteza a tu hermosura	
y echarte a mal el honor.	125
¿Para qué la espada quiero,	
pues solamente ha servido	
de que me hubiesen tenido	
los perros por forastero?	
No me aprovechaba hablar	130
con muchos que conocí,	
que más me muerden a mí	
por ser del propio lugar.	
La capa me desgarraron,	
y no han sido desvaríos	135

porque de pedazos míos
 más de dos se aprovecharon.
 ¡Cuáles traigo los brebiescos!
 ¡Hechos una criba están!
 Mas no importa, que serán 140
 para el verano más frescos.
 ¡Ah, celos! ¿Qué me queréis?
 ¡Voto al sol, que están aquí!
 ¿Si me sienten, ¡ay de mí!,
 que son más de ochenta y seis? 145
 Mas puédeme consolar
 que es morir ventura al doble
 a manos de gente noble
 que de perros del lugar.
 FELICIANO: ¿Quién va? 150
 TIRSO: ¿No lo dije yo?
 FELICIANO: ¿No responde?
 TIRSO: Éste me espeta,
 porque saldrá alguna treta,
 y yo no.
 FELICIANO: ¿Quién va?
 TIRSO: ¡Jo, jo!
 ¡Jo!, digo; verá el rodeo.
 Desvíese del pollino, 155
 señor, que voy al molino.
 ¡Arre aquí!
 FELICIANO: Yo no le veo.
 TIRSO: ¿Que no le ve? Pues yo sí.
 FELICIANO: ¿Pullas, villano? --Señor,
 ya la gente de labor 160
 al campo va por aquí.
 Mira que te pueden ver.
 ENRIQUE: Hermosa Narcisa, adiós.
 NARCISA: Él vaya, mi bien, con vos.
 FELICIANO: Ya comienza a amanecer, 165
 ya cantan dulces amores,
 como celosos despechos,
 calandrias en los barbechos
 y en los olmos ruiseñores.
 ENRIQUE: Cítaras de pluma, di, 170
 como aquel grave poeta.
 FELICIANO: Es metáfora imperfeta,
 aunque dulce.

ENRIQUE: ¿Cómo así?
 FELICIANO: Porque es justa consecuencia
 llamar ruiñeñor de palo 175
 a la cítara, y es malo.
 ENRIQUE: Respeta, necio, su ciencia.

Vanse ENRIQUE, FELICIANO y MUSICOS

TIRSO: Fuéronse. Narcisa, escucha,
 oye, detente.
 NARCISA: ¿Quién es?
 TIRSO: Tirso. 180
 NARCISA: ¿Tirso?
 TIRSO: ¿No me ves?
 NARCISA: Como no hay luz...
 TIRSO: Sí hay, y mucha.
 NARCISA: ¿Requiebras?
 TIRSO: No, que esto digo
 porque estoy desengañado.
 NARCISA: ¿De qué? Pues yo no he tratado 185
 jamás engaños contigo.
 TIRSO: ¿No me has hecho llevar paños
 al arroyo y leña a cuestras?
 ¿No bailo todas las fiestas
 contigo? 190
 NARCISA: ¿Esos son engaños?
 Anda, bobo; que no sabes
 en qué consiste el amor.
 TIRSO: ¡El diablo trujo al señor!
 ¡Tan altaneras y graves
 todas las mozas andáis! 195
 NARCISA: Vete a acostar, majadero.

Vase

TIRSO: Esta vez me desespero.
 Celos, ¿por qué me matáis?
 ¡Plega a Dios que el ventanazo
 que me has dado te le den 200
 con un suelo de sartén!
 ¡Qué desengaño! ¡Qué abrazo!
 ¡Qué disculpa! ¡Qué favor!
 Pero yo ¿por qué deseo

venganza, cuando te veo 205
 tener a un príncipe amor?
 Búrlate agora de mí,
 quiere bien, quiérole aprisa;
 allá lo verás, Narcisa,
 cuando se canse de ti. 210

Vase. Salen el REY de Francia, MAURICIO y LEONELO

REY: ¿De qué sirve, Mauricio, consolarme?
 MAURICIO: De que se tiemple tanto desconsuelo.
 REY: ¿Qué consuelo en la tierra puedes darme,
 si quien me le quitó vive en el cielo?
 Tan lejos vivo yo de remediarme 215
 como el fin de mis lágrimas recelo
 en la muerte no más, pues ella tiene
 el que a la causa de mi mal conviene.
 MAURICIO: Habiendo, gran señor, pasado un año
 que el príncipe murió, justo parece 220
 templar el llanto y no aumentar el daño
 que el reino por tus lágrimas padece.
 ¿Ha de venir un heredero extraño,
 cuyo temor en tus vasallos crece,
 a ocupar la corona que podrías 225
 dar a tu sangre en tus dichosos días?
 Si no estás en edad para casarte,
 y el conde don Enrique es tu sobrino,
 ¿quién con mayor razón puede heredarte
 por el derecho humano y el divino? 230
 REY: Y si este Enrique dicen que fue parte,
 y de sus pensamientos imagino,
 para matar su primo y mi heredero,
 ¿será mejor un bárbaro tan fiero?
 MAURICIO: Señor, si por envidia, habiendo sido 235
 su muerte enfermedad, le han levantado
 al conde los contrarios que ha tenido
 que en sospecha de hierbas fue culpado,
 ¿es justo que este engaño sea creído
 y que tengas a Enrique desterrado, 240
 si todo lo mejor de tu corona
 con su inocencia su lealtad abona?
 No puedan envidiosos, que no es justo
 tenerle desterrado en una aldea.

Viva en la corte, y con tu propio gusto
consuelo tuyo y de tu reino sea. 245

REY: Será, Mauricio, para más disgusto,
aunque mi amor vuestra quietud desea,
que, como tanto al príncipe parece,
verás que mi dolor su imagen crece. 250

MAURICIO: Si consuela un retrato de un ausente
y es Enrique del príncipe retrato,
no pienso yo que tu tristeza aumente,
que fuera ser a su memoria ingrato. 255

Antes, señor, teniéndole presente,
al príncipe tendrás, y con el trato
le vendrás a olvidar, siendo tan cierto
que el vivo que sucede olvida al muerto.
Demás que de probar no pierde nada
Vuestra Alteza, señor, pues si se aumenta 260
la pena, es fácilmente remediada
con que se vuelva donde no se sienta.
Prueba, por Dios, que es breve la jornada
y la esperanza de tu reino alienta,
que yo confío en la piedad del cielo 265
que Enrique sea de tu edad consuelo.

REY: Porque mi reino que deseo crea
más su remedio que mi propia vida,
vaya Leonelo y traiga de la aldea
la cosa que más tengo aborrecida. 270

Mas persuadirme yo cuando le vea
que el accidente de mi pena impida
es decir que la máquina del cielo
rota caerá del eje de oro al suelo.

LEONELO: Señor, aborrecer injustamente 275
al conde no es justicia, y así espero
que a ti la vida y a tu reino aumente
la paz el disponerle a tu heredero.

REY: Parte, Leonelo, si esto el reino siente,
que contra el mío darle gusto quiero, 280
y venga a renovarme su memoria
la viva imagen de mi muerta gloria.

Vanse. Salen ENRIQUE y NARCISA

NARCISA: Aún no presumo, señor,
que sabe, amando mi pecho,

en cuál de los dos ha hecho 285
 mayor milagro el amor.
 Diréis que el vuestro es mayor
 por humillar la grandeza
 a mi rústica bajeza,
 y yo digo que es el mío, 290
 pues que mi bajeza fío
 de vuestra heroica nobleza.
 No haréis vos más en quererme
 que yo en quereros a vos,
 y aun pienso que de los dos 295
 más tenéis que agradecerme.
 Bajaros vos a tenerme
 por vuestra en tanta distancia
 es la misma repugnancia
 que subir mi humilde ser 300
 hasta venir a tener
 una misma consonancia.
 Cuando baja un cuerpo grave
 más fácil viene a su centro;
 porque subir a su centro 305
 el que es pesado no sabe.
 Bajáis en vuelo süave
 porque bajáis, en efeto;
 pero el mío es imperfeto,
 pues que sube con violencia 310
 a vuestra real presencia
 la tierra de mi sujeto.
 De donde se infiere aquí,
 pues esto no es ofenderos,
 que más hago yo en quereros 315
 por ser más violento en mí;
 pero yo imagino ansí
 que el amor que lo ha causado
 músico ha sido extremado
 para igualarme con vos, 320
 y las almas de los dos
 instrumento destemplado.
 Tocó las cuerdas y, viendo
 de mi parte tantas faltas,
 las bajas subió a las altas, 325
 una consonancia haciendo.
 Agradezco cuanto entiendo

que un gran señor me requiebre
 y que el amor me celebre
 por prima en su dulce canto, 330
 mas cuerda que sube tanto
 mucho temo que se quiebre.
 ENRIQUE: Narcisa, cuando te veo
 discurrir tan altamente,
 o Naturaleza miente 335
 o no es desigual empleo
 el que tiene mi deseo,
 ni el quererte cosa impropia,
 pues, viendo la fértil copia
 que de tu ingenio me ofreces, 340
 he pensado muchas veces
 que eres disfraz de ti propia.
 Cuando vi mi pensamiento
 en tanta descompostura,
 apelé de tu hermosura, 345
 Narcisa, a tu entendimiento;
 pero hallé tal fundamento
 que volví a pedir perdón
 de mi necia presunción,
 y dije, "No hay que pensar 350
 que ha de haber dónde apelar
 donde es todo perfección."
 Cómo este monte crió,
 no digo yo tu belleza,
 --que hasta pintar la corteza 355
 un jaspe hermoso nació--
 mas tu ingenio no sé yo
 que de causa no proceda
 más alta; mas, cuando exceda
 de su esfera natural, 360
 que se llame celestial
 milagro se le conceda.
 Esto prevenido así,
 y volviendo a nuestro amor,
 digo que es mayor favor 365
 el que tú me has hecho a mí;
 porque el alma, que ya vi
 en tu claro entendimiento,
 es de tanto fundamento
 que mi valor no alcanzara 370

al tuyo si no templara
 nuestro amor el instrumento.
 Pero, en razón de quebrarse
 aquella divina cuerda
 que con el alma concuerda 375
 cuando más llegue a afinarse,
 desde aquí, para obligarse,
 mi amor dice que primero
 será elemento ligero
 la tierra, el fuego, pesado, 380
 y vivirá sosegado
 eternamente el mar fiero.
 Será bienquisto un terrible
 y el que reprehende, amable;
 un arrogante, agradable, 385
 y un humilde, aborrecible,
 un codicioso, invencible,
 bien pagado el que bien hace,
 lo que nuevo satisface
 perderá su propio efeto, 390
 y un hombre pobre y discreto,
 estimado donde nace.
 No querrán que los alaben
 el soldado y el señor,
 el poeta y el pintor 395
 confesarán que no saben.
 Habrá cosa que no acaben
 el dinero y la porfía,
 la pobreza en la alegría
 tendrá casa de aposento, 400
 ventura el merecimiento
 y cielo la hipocresía.
 NARCISA: Antes que haya, Enrique mío,
 en mí de olvidarte señas,
 perlas volverá las peñas 405
 del alba el fresco rocío,
 atrás su curso este río,
 y llevarán sus pizarras
 oro en tejos, plata en barras,
 corales rojos los pinos, 410
 racimos estos espinos
 y rosas las verdes parras.
 El fiero lobo tirano

vivirá con el cordero,
será este llano primero 415
monte, y este monte, llano...
Esto en lenguaje villano,
que hablando en el tuyo...

Ruido

ENRIQUE: Tente,
que suena tropa de gente,
y me ha dado que temer 420
que el rey me manda prender,
tan mal de mis cosas siente.
Pues ¡vive Dios! que en mi vida
le ofendí, Narcisa hermosa.
NARCISA: Huye, mi bien, que es furiosa 425
la envidia y siempre atrevida.
ENRIQUE: Mi inocencia perseguida
quiere huir, y no se atreve.
NARCISA: Escóndete por la nieve
de ese monte. 430

ENRIQUE: Será error.
Cumpla esperando el valor
lo que a sí mismo se debe.

Sale LEONELO y gente de guarda

LEONELO: Digo que es él. ¿Qué
dudáis?
¡Conde, mi señor! 435
ENRIQUE: ¡Leonelo!
LEONELO: Dadnos a todos los pies.
ENRIQUE: ¡Qué ociosos comedimientos!
¿Qué dijo la envidia al rey
en mis agravios de nuevo,
que le ha incitado a prenderme? 440
Tú, capitán, por lo menos,
no me quitarás la espada,
pues bien ves que no la tengo.
¿Qué dicen allá de mí?
Dirán que alboroto el reino, 445
que pretendo la corona,
que escribo a los malcontentos,

que tengo satisfacción
 de mis amigos y deudos
 para que tomen las armas 450
 en mi favor a su tiempo,
 que soy bienquisto del vulgo
 y que los dos parecemos
 él a Saúl, yo a David,
 porque dicen en sus versos 455
 que él mató mil, yo, diez mil,
 pues ya los servicios hechos
 no sirven más que de envidia.
 LEONELO: ¡Vas de la verdad tan lejos!
 Que, a petición de los grandes, 460
 te quiere hacer su heredero.
 El estilo que esto tiene
 agora no le sabemos;
 sólo sé que me ha mandado
 buscarte, y que por ti vengo; 465
 sólo sé que de esta fama
 nació una voz en el pueblo,
 que suele ser voz de Dios,
 que con general deseo
 te aclama Delfín de Francia. 470
 ENRIQUE: Sea cierto o no sea cierto,
 yo pude huír y no quise;
 iré a obedecerle, haciendo
 resolución de poner
 mi inocencia a todo riesgo. 475
 Narcisa, aquéstos me engañan,
 pero si es verdad que tengo
 esta fortuna, está cierta
 que lo que tratado habemos
 será eterno en todo estado. 480
 NARCISA: ¿Qué es lo que ha de ser eterno?
 ENRIQUE: El quererte yo, mis ojos.
 NARCISA: ¿Mis ojos?
 ENRIQUE: Pues ¿son ajenos?
 NARCISA: No.
 ENRIQUE: ¿Que amo tan sólo...? 485
 NARCISA: Es no.
 ENRIQUE: ¡Válgame Dios, qué concetos
 formando estarás de mí!
 ¡Qué de varios pensamientos

hará tu imaginación!
 NARCISA: ¿Parécete este suceso 490
 tan fácil que sin discursos
 le pase el entendimiento?
 Vete con Dios a reinar,
 que de manera te quiero
 que me alegra tu ventura, 495
 conociendo que te pierdo;
 y para ganar tu gracia
 sea el vasallo primero
 mi amor que te llame "Alteza".
 ENRIQUE: ¿Quieres matarme? 500
 NARCISA: ¿Yo puedo?
 ENRIQUE: ¡Oh, qué hiciera de locuras
 a no estar presentes éstos!
 NARCISA: No las hagas, que están mal
 a un príncipe de estos reinos.
 ENRIQUE: Dame tu mano. 505
 NARCISA: ¿Los reyes
 a los vasallos...?
 ENRIQUE: No quiero
 cansarte, sino afirmarte
 los pasados juramentos;
 y vuelvo a decir...
 NARCISA: No vuelvas.
 ENRIQUE: Vamos de aquí, caballeros. 510

Vanse todos menos NARCISA

NARCISA: Yo quedo, como es razón
 que tenga mi atrevimiento
 castigo. ¡Ah, soberbia infame!
 ¿Dónde levantaste el vuelo?
 ¿Qué pensabas? ¿Qué querías? 515
 ¿No era forzoso que luego
 diese, con fatal rüina,
 tu pensamiento en el suelo?
 ¿Tú querer tan gran señor
 con tan bajo nacimiento 520
 como estas flores del campo
 y estos rústicos romeros?
 ¿Qué sirven puertas ni rejas
 si tienen nuestros deseos

la puerta de los oídos? 525
 Escuché, perdíme, hoy muero.
 ¡Oh, cuánto en un momento
 revuelve el mundo el variar del cielo!
 ¿Qué pensaba mi locura
 cuando mi sayal grosero 530
 emprendió ricos diamantes,
 dándome el cielo el ejemplo,
 que no se borda de estrellas
 si no está claro y sereno,
 porque retiran sus rayos 535
 en estando oscuro y negro?
 Fuése Enrique y no culpado,
 yo sí, que la culpa tengo,
 que no son firmes las dichas
 en cortos merecimientos. 540
 No es posible que ya pueda
 volverle a ver, pues ¿qué espero?
 La muerte sola, a quien deben
 las desdichas su remedio.
 Hoy le tuve, hoy le pierdo. 545
 ¡Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!

Sale TIRSO

TIRSO: ¿Cómo tienes, di, Narcisa,
 tanto descuido y silencio
 entre tantas novedades?
 NARCISA: ¡Esto me faltaba, oh cielos! 550
 TIRSO: A Enrique llevan, Narcisa,
 algunos dicen que preso,
 y otros que a ser rey, que el vulgo
 no acierta más ni habla menos.
 Lo cierto debe de ser 555
 que el rey le nombra heredero,
 que a los presos, aunque grandes,
 no guardan tanto respeto.
 Ya, Narcisa, será aldea,
 y no corte, nuestro pueblo; 560
 no andarán tan altaneras
 las mozas con los requiebros;
 no veremos los caballos
 con los jaeces soberbios;

lucirán nuestros rocines; 565
 hablarán nuestros jumentos;
 caperuzas, y no plumas,
 tendrán el lugar primero
 en los bancos de la iglesia
 y en la plaza los asientos. 570
 Ocuparán los ancianos
 las gradas del rollo nuevo
 las fiestas, y no arrogante
 tanto emplumado escudero;
 volverán nuestras perdices, 575
 nuestras liebres y conejos,
 que andaban de ellos huídas
 a los sotos y barbechos.
 Cuando el sacristán responda
 al *Gloria en el celis Deo, ed in terra palominos* 580
 no se reirán descompuestos.
 Todo labrador, en fin,
 trairá seguro el pescuezo
 de sus atrevidas manos,
 como las mozas los pechos. 585
 No nos tomarán las barbas,
 que sólo dio para esto
 la misma necesidad
 privilegio a los barberos.
 Y tú, que me aborrecías, 590
 ¿vaste? Espera.

NARCISA: Suelta, necio,
 que has aumentado mis penas.

TIRSO: Ya pasó, Narcisa, el tiempo
 de desdenes. Voy tras ti
 a ser sombra de tus celos. 595

NARCISA: ¡Oh, loco amor, cuán presto
 perdiste la esperanza y no el deseo!

Vanse. Salen el marqués ROSELO y CELIA

CELIA: Hiciera, señor marqués,
 el justo agradecimiento
 que debo a ese pensamiento 600
 que, en fin, como vuestro es,
 si la pena que he tenido
 del príncipe, mi señor,

diera lugar a otro amor
o me permitiera olvido. 605

Quísome bien, y de suerte
me obligó darme a entender
que fuera yo su mujer
que debo llorar su muerte
como si lo hubiera sido. 610

ROSELO: Más siento que le queráis
que la respuesta que dais
al amor que os he tenido.

¿Es posible que, ya muerto,
le guardéis tan viva fe? 615

¡Qué pocas veces se ve
en el mundo amor tan cierto!
Si de ser amado incierto
está un vivo, que por dicha
teme una injusta desdicha, 620

Naturaleza se espanta
de tanto amor, de fe tanta
y que tenga un muerto dicha.
Ser, Celia, el muerto quisiera,
porque, por verme querer, 625

envidia vengo a tener
de quien nadie la tuviera.
Mi esperanza desespera
un desengaño tan cierto;
mas ¿qué mayor desconcierto, 630

cuando de vos le recibo,
que llegar un hombre vivo
a tener envidia a un muerto?
Que al amor agradecida,
Celia, del príncipe estéis 635

es justo, no que tratéis
con tanto rigor mi vida.
Dais vida y sois homicida,
y pues de vos la recibe
quien con los muertos se escribe, 640

yo soy el muerto, señora,
no el príncipe, pues agora
en vuestra memoria vive.

CELIA: Amor tuve a su valor
y hoy memoria agradecida, 645

que amor que tan presto olvida
no puede llamarse amor.
El tiempo me ha de curar,
que no hay memoria tan firme
que no olvide. 650

ROSELO: Si es decirme,
Celia, que puedo esperar
que con el tiempo os mudéis,
no sé que mi pensamiento
tenga tanto sufrimiento
que os aguarde a que olvidéis. 655

CELIA: Tampoco os doy esperanza,
aunque olvide, que no sé
si del olvidar podré
hacer al querer mudanza. 660

ROSELO: Ya vuestro desdén airado
excede a todo rigor. 660

CELIA: ¿Quién hay que prometa amor
para cuando haya olvidado?

Sale ROBERTO

ROBERTO: ¿Está aquí el marqués?

ROSELO: Roberto,
¿entra el conde Enrique? 665

ROBERTO: Hoy entra;
el rey sale a recibirle;
el vulgo su intento aprueba,
que, cuando en las cosas justas
los reyes, señor, aciertan,
los vasallos, a una voz, 670
el buen gobierno celebran.

Verdad es que el rey, forzado,
al conde contento enseña,
ya más porque le parece
que no por lo que sospecha. 675

Es del príncipe retrato,
y dale tanta tristeza
la memoria de su hijo
que puede mirarle apenas.
¿Qué aguardas, que no acompañas, 680
como dicen, a su alteza,
que te acusarán de envidia?

ROSELO: Yo me voy; hermosa Celia,
a ver siquiera el traslado
de quien me da celos.

685

CELIA: Venga
a dar consuelo a mis ojos
quien al príncipe parezca.
¡Clara!

Sale CLARA

CLARA: ¿Señora?

CELIA: ¿Has oído
que viene Enrique?

CLARA: La fiesta
sólo pudiera ocultarse
a tu soledad y pena.

690

¿Haré que pongan el coche?

CELIA: No, Clara, que para verla
mejor iremos con mantos,
y créeme que me lleva

695

ver del príncipe el retrato,
porque no quedaron muertas
las memorias con su muerte.

CLARA: ¡Plega a los cielos que sea
tan vivo retrato suyo
que tus tristezas divierta!

700

CELIA: Bien puede ser que este Enrique
o me engañe o me entretenga,
que tanto milagro sólo
puede hacer quien le parezca.

705

***Vanse. Salen MAURICIO, ROSELO, y acompañamiento; detrás,
el REY, ENRIQUE y FELICIANO***

ENRIQUE: A tu obediencia vengo,
invicto rey, supuesto que dudoso,
aunque esperanza tengo,
viendo que me recibes amoroso,
que ha hecho resistencia
a la pasada envidia mi inocencia.
Temores no han podido
alejarme de ti, que pobre aldea
corto límite ha sido;

710

pero el mayor testigo que desea 715
 darte el pecho seguro,
 que es la verdad impenetrable muro.
 Si me hallara culpado,
 fugitivo a los reinos extranjeros,
 de tu poder airado, 720
 hiciera mis contrarios verdaderos,
 no en parte donde alcanza,
 con extender la mano, la venganza.
 El capitán Leonelo
 sabe que sospeché prisión injusta 725
 y con humilde celo
 la obedecí, como si fuera justa,
 que no examina leyes
 la lealtad al imperio de los reyes.
 REY: Enrique, yo he tenido, 730
 como hombre, en la fortuna que he pasado,
 más fácil el oído
 de lo que fuera justo. Ya he llegado
 a pensar en tu ausencia,
 que el esperar confirma la inocencia. 735
 No culpéis enemigos,
 que el venir a mi casa y a mi gracia
 debes a tus amigos.
 Sospechas engendraron tu desgracia,
 que de mi amor nacieron; 740
 pero tú sabes si dudosas fueron.
 Resta que tú, pues fuiste
 retrato de la prenda que he perdido,
 mi desconsuelo triste
 cubras, con tu virtud, de eterno olvido, 745
 para que en tu persona
 restaure la esperanza mi corona.
 Aquí vienes, no a darte
 tan presto aquel lugar para que vienes,
 sino sólo a probarte 750
 que entendimiento, que prudencia tienes,
 pues, sin envidia alguna,
 queda en tus propias manos tu fortuna.
 ENRIQUE: Señor, sólo a servirte,
 sin otras esperanzas, he venido, 755
 y así vuelvo a pedirte
 la mano, a la merced agradecido

con que quieres honrarme
y a tan gloriosa empresa levantarme.
Espero en mi cuidado
con el favor del cielo. 760

REY: No prosigas,
que yo estoy confiado
de tu virtud y entendimiento.

ENRIQUE: Obligas
tu hechura ¡oh, rey! de forma
que un alma nueva un nuevo ser me informa. 765

REY: Recibe parabienes
de tus amigos, que yo voy en tanto
a ver adónde tienes
prevenido aposento.

ENRIQUE: El cielo santo
te guarde como puede, 770
que ya tu amor mis méritos excede.

Vanse el REY y acompañamiento

MAURICIO: Dé vuestra alteza la mano
a Mauricio, gran señor.

ENRIQUE: Los brazos, gobernador,
con el pecho humilde y llano, 775
e indigno a tanto favor.

ROSELO: Aquí del marqués Roselo
tiene vuestra alteza el celo
con una alma declarada.

LEONELO: Y aquí la vida y la espada
y el corazón de Leonelo. 780

ENRIQUE: Señores, tantos favores
pudieran desvanecerme.

No más; bueno está, señores,
que no es posible ponerme 785
obligaciones mayores.

MAURICIO: Está contento París
de que a ser fénix venís
del príncipe que faltó.

ENRIQUE: ¿Cómo puedo ocupar yo
el gran lugar que decís? 790

Id en buen hora y creed
que os he de ver obligados.
Esta esperanza tened.

ROSELO: Ya, señor, como criados
nos habéis de hacer merced. 795

*Vanse ROSELO y MAURICIO. Salen CELIA y CLARA, con
mantos*

CELIA: Vile pasar, y he quedado,
Clara, contenta de ver
tan verdadero traslado.
CLARA: No es Enrique; viene a ser 800
el príncipe retratado.
CELIA: ¿Hay cosa tan parecida?
CLARA: Pienso que vienes picada.
CELIA: No agravio mi muerta vida,
porque amar quien le traslada 805
con el mismo amor le olvida.

*Salen NARCISA, JUANA y TIRSO, ellas con tocas de rebozo y
sombreros y rebocinos*

JUANA: Si venías a llorar,
¿para qué a verle venías?
TIRSO: Déjala, que viene a dar
venganza a las penas mías. 810
NARCISA: Vuélvete, necio, al lugar,
que de escucharte me enfado.
JUANA: Dos tapadas han llegado.
NARCISA: Hoy es día que los cielos
rayos y truenos de celos 815
disparan a mi cuidado.
¿Qué no llevará tras sí
Enrique en esta ocasión?
TIRSO: Más haces conmigo aquí;
pero ya tus ojos son 820
de piedra imán para mí.
NARCISA: ¿Cómo?
TIRSO: Levantan la paja.
JUANA: Ellas llegan.
NARCISA: La voz baja,
no nos oiga Feliciano.
TIRSO: ¿Con un príncipe un villano? 825
¡Qué temeraria ventaja!

CELIA: Si vuestra alteza, señor,
 pagar una deuda quiere
 que dicen que a los deseos
 como a las obras se debe, 830
 no tenga a descortesía
 que le escuche quien le quiere,
 fuera de sus altas prendas,
 por copia de cierto ausente.
 No se esquite, por su vida, 835
 que hoy es día de mercedes,
 que reyes en esperanza
 las han de hacer como reyes.
 Lo primero, el parabién
 le ofrezco de la que tiene, 840
 por cierto, bien empleada
 en quien tan bien la merece.
 Lo demás... ¡¡Ya me he turbado!
 ...en que se ve claramente
 que ya sois rey, pues turbáis. 845
 ENRIQUE: Antes ya duda me ofrece
 de que no lo seré yo
 el turbarme vos, de suerte
 que no acierto a responderos;
 pero si venís a hacerme 850
 todo el favor que decís,
 ¿en qué podré conocerle
 como en que conozca yo
 quien tanto me favorece?
 NARCISA: ¿No escuchas, Juana? 855
 JUANA: ¡Son hombres!
 NARCISA: ¡En fin, ejecutan siempre
 la libertad con que nacen.
 JUANA: Tú acertarás si te vuelves.
 NARCISA: ¡No tiene más fe que un moro.
 ¡Vive el cielo! que se mete 860
 debajo del mismo manto.
 ¡Muerta soy! ¿Tirso?
 TIRSO: ¿Qué quieres?
 NARCISA: Pon los pollinos a punto.
 TIRSO: Buenos caballos previenes
 para huír de amor con alas! 865
 ENRIQUE: Yo os he visto de la suerte
 que al cielo, pues levantamos

siempre el rostro para verle.
 Como astrólogo, ¿queréis
 que vuestros cielos contemple 870
 todos dentro de la luna?
 Cosa nueva me parece.
 A sus estrellas hermosas
 me guiaron dos claveles
 con jazmines, que ponerlos 875
 dentro de las hojas suelen.
 Pero ¿para qué los pinto
 si la vista fue tan breve?
 Pero ¿qué fuera de mí
 si pudiera detenerme? 880
 ¿Quién sois y dónde vivís?
 NARCISA: Ya se informa; verla quiere;
 agradóle la señora
 ¿A esto vine? ¡Ah, cielos!
 JUANA: ¡Tente!
 CELIA: Cubre, señor conde, el manto 885
 más grandeza que parece,
 que debéis este disfraz
 a un antojo solamente.
 Quedad con Dios.
 ENRIQUE: Feliciano,
 sigue esta dama. 890
 CELIA: No puede.
 ENRIQUE: ¿Por qué?
 CELIA: Porque soy...
 ENRIQUE: ¿Quién?
 CELIA: Yo.
 NARCISA: ¡Bravas señas!
 ENRIQUE: No la dejes.

Desembócese NARCISA

NARCISA: ¿Quiere su alteza que yo
 vaya tras estas mujeres?
 ENRIQUE: ¡Narcisa! 895
 NARCISA: ¿Señor?
 ENRIQUE: ¿Aquí?
 NARCISA: ¿Es mucho?
 ENRIQUE: Es cosa indecente
 seguirme tú en este día.

NARCISA: Como algunos hombres eres
que sienten que en alto estado
deudos pobres los afrenten. 900

ENRIQUE: Narcisa, la discreción
es que el lugar se respete
donde Dios pone a los hombres
con hábito diferente.
Yo te avisaré y pondré 905
en el que a los dos conviene,
para que no me murmuren
ni de ti lo injusto piensen.

Vase ENRIQUE. Quédase anonadada NARCISA

JUANA: ¿Cómo te has quedado así?
TIRSO: Déjala, Juana, que duerma. 910

JUANA: Que duerma no puede ser;
pero si duerma, despierte.
¡Ah, Narcisa, vuelve en ti!

NARCISA: ¡Que pudiese responderme
un hombre tales palabras 915
que ayer, entre los laureles
a quien debe sombra el prado
y ellos frescura a sus fuentes,
me dijo que era su alma!

TIRSO: Como esas cosas suceden 920
en los milagros del mundo;
mas mira que Amor lo quiere
porque me pagues el mío.

NARCISA: Hombre ¡por Dios! que me dejes,
que te quitaré la vida. 925

JUANA: Narcisa amiga, pues tienes
entendimiento tan claro,
en que es desatino advierte
que una humilde labradora
de un rey de Francia se queje. 930

Para en el monte eras Venus,
para en la corte no eres
señora. ¿Qué fe le pides?
¿De qué te admiras? ¿Qué emprendes?
Volvámonos al lugar, 935
tus iguales apetece.
Mozos hay.

TIRSO: Y yo ¿qué soy?
 ¿Soy algún toro silvestre?
 ¿Soy algún borrico, Juana?
 ¿A mí no puede quererme 940
 Narcisa? ¿Qué tengo yo
 que a Narcisa descontente?
 NARCISA: Conozco el error que hacía.
 ¿Qué queréis? Somos mujeres.
 Parécenos que los hombres 945
 cumplirán lo que prometen
 y, aunque humilde labradora
 como tú me reprehendes,
 a los pensamientos altos
 estas desgracias suceden. 950
 Pues ¿vesme tosca villana?
 Yo tengo de hacer de suerte
 que a Enrique, de mis agravios,
 para siempre se le acuerde.
 ¡Con la falsedad que dijo, 955
 mezclando pólvora y nieve,
 "Narcisa, la discreción
 es que el lugar se respete
 donde Dios pone a los hombres."
 Vamos, Tirso. 960

TIRSO: Al monte vuelve,
 que más vale tu rebozo
 y el sombrero a lo valiente
 que cuantos diamantes y oro
 los palacios enriquecen.
 Deja pensamientos vanos, 965
 permite que te requiebren
 tus iguales, como yo.
 NARCISA: Adiós, cortesano aleve;
 adiós, sirena engañosa
 del mar de los pretendientes; 970
 sol que madruga al aurora
 y antes que anochezca llueve;
 dulce pájaro que llama
 a los que la liga prende;
 veneno en taza dorada 975
 que con resplandor se bebe;
 ingrato y fingido amigo
 que a quien más debe más vende;

breve tesoro de sueño;
áspid entre hierbas verdes,
que yo tomaré venganza
de ti si amor me concede
que te adore y que te agravie,
que antes me daré la muerte.

980

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen FELICIANO y TIRSO

TIRSO: No pensé verte en la aldea. 985

FELICIANO: Por la ropa que ha quedado
del conde vengo.

TIRSO: ¿A un criado
como tú en la ropa emplea?
A la fe, vienes a ver
qué hay de la pobre Narcisa. 990

Salen NARCISA y JUANA

NARCISA: ¿Feliciano? ¿Tan aprisa?

JUANA: Luego se quiere volver.

NARCISA: ¿Es el que con Tirso está?

JUANA: Él mismo.

TIRSO: Narcisa es ésta.

FELICIANO: Bien lo poco manifiesta 995
que del conde se le da.

NARCISA: ¿Señor Feliciano?

FELICIANO: ¡Oh, reina
en talle, hermosura y brío
de esta selva, en cuanto el río
sus verdes riberas peina! 1000

¿Cómo estamos de memoria
de los que de aquí faltamos?

NARCISA: Ya poco nos acordamos
de aquella pasada historia,
si va a decir la verdad; 1005

porque la Naturaleza
opuso nuestra bajeza
al sol de la majestad.

FELICIANO: Nunca menos presumí
de tu raro entendimiento, 1010
que fuera tal pensamiento
soberbia locura en ti.

Mil veces hemos reído
el conde y yo tus amores,
porque ya en cosas mayores 1015

tiene ocupado el sentido.
 "¡Lo que pueden soledades,"
 dice a veces, "pues obligan
 a que a una piedra se digan
 del alma tiernas verdades! 1020
 Como en el monte no había
 quien tuviese entendimiento,
 humillé mi pensamiento
 a quien alguno tenía.
 Mas ya que en la corte vi 1025
 ingenio y belleza iguales,
 a los hombres principales
 y al estado en que nací,
 ya que de Celia miré
 belleza, ingenio y valor, 1030
 todo aquel pasado amor
 como se vino se fue."
 NARCISA: ¿Quién es Celia?
 FELICIANO: Una señora
 hija del gobernador
 de París. 1035
 NARCISA: ¡Qué justo amor!
 FELICIANO: Al mismo Amor enamora.
 NARCISA: Y ¿quíerela mucho?
 FELICIANO: Tanto
 que pierde por ella el seso.
 NARCISA: ¡Bravo amor!
 FELICIANO: Con grande exceso.
 NARCISA: Si es tan linda, no me espanto. 1040
 FELICIANO: Si tú la oyese hablar,
 te perderías por ella.
 NARCISA: No haría, porque con ella
 no tengo yo qué tratar.
 FELICIANO: No hay cosa que no se rinda 1045
 a su hermosura y valor.
 Todos la tienen amor.
 NARCISA: ¡Válame Dios! ¿Qué, es tan linda?
 Por lo que al conde he querido,
 puesto que de burlas fue, 1050
 me huelgo de ver que esté
 tan justamente perdido.
 Vete con Dios, Feliciano,
 y mira si puedo yo

servirte en algo. 1055

FELICIANO: Hoy me dio,
Narcisa, tu padre Albano
una cuenta que debía
el conde. Enviaré el dinero
con Tirso.

JUANA: Adiós, caballero.
¿Ya no habláis? 1060

FELICIANO: ¡Oh, Juana mía,
todo se olvida en la corte!
En su mar andamos ya.

JUANA: ¿Quién duda que ya tendrá
otra Celia de más porte?

FELICIANO: No faltan, Juana; que allí
hay de esa mercadería
abundancia. 1065

TIRSO: Yo querría
también preguntarte...

FELICIANO: Di.

TIRSO: ...por qué Celio me has dejado?

FELICIANO: Yo, Tirso, tu amigo soy;
respuesta a Narcisa doy
de lo que me ha preguntado.
Todos os quedad con Dios. 1070

Vase

JUANA: ¡Cuál se ha quedado Narcisa!

TIRSO: ¡Que con tanta burla y risa
éste hablase de las dos!
Yo soy un pobre villano,
y fue milagro no hacer
un desatino. 1075

JUANA: Tener
puede ingenio Feliciano,
mas no el término que es justo. 1080

TIRSO: Él anduvo descortés.

¡Lástima, Narcisa, es
de verte en tanto disgusto!
Yo, con ser el agraviado,
viendo tanta sinrazón,
vengo a tener compasión
de tu miserable estado. 1085

¿No hablas?

NARCISA: ¡Válgame el cielo!

¡Locamente me perdí! 1090

¿Que esto ha pasado por mí,
que, duro monte de hielo,
tanto fuego sepultó?

¿Tan presto puede querer
Enrique a aquella mujer 1095
que Feliciano pintó
con tanta descortesía?

¿He mudado yo mi ser?
¿Por qué me engañaste ayer,
lisonjera fuente fría? 1100

¿No me dijo tu cristal
que soy la misma que fui?
¿Cómo ya le parecí
al conde Enrique tan mal? 1105
Basta, desengaños sabios.
Campos, árboles y flores,
pues oísteis sus amores,
escuchadme sus agravios.

Una Celia de París
me dicen que el conde adora; 1110
¿qué me aconsejáis agora?
Pues murmuráis, ¿qué decís?
Pensé yo que a mis congojas
respondía el sentimiento 1115
destos olmos, y era el viento
que jugaba con las hojas.

¿Qué locura es ésta? ¡Ay, cielos!
Ya no son de amor cuidados,
porque agravios declarados
¿qué tienen que ver con celos? 1120
¡Qué libre me dijo flores
aquel villano atrevido!

"Mil veces hemos reído
el conde y yo tus amores."
" ¡Lo que pueden soledades!" 1125
dice a veces, "pues obligan
a que a una piedra se digan
del alma tiernas verdades."

¿Piedra era yo? No lo fui,
porque si yo piedra fuera, 1130

ni aquí ni entonces sintiera;
pero en la firmeza sí.
No piense Enrique traidor
que esta burla me ha de hacer,
que desde que fui mujer
soy igual a su valor. 1135
Si él es de sangre real,
que no hay tan vil mujer crea
que, con ser mujer, no sea
a toda grandeza igual. 1140
Iré a la corte a vengarme,
o allí perderé la vida.
TIRSO: Tente; ¿dónde vas, perdida?
NARCISA: A la corte.
TIRSO: ¿A qué?
NARCISA: A matarme.
TIRSO: Juana, aunque celoso estoy, 1145
yo no la pienso dejar.
JUANA: Temo que se ha de matar.
También a seguirla voy.
TIRSO: ¿A qué mayores desvelos
puede llegar el rigor 1150
que a tener Narcisa amor
y que la ayuden mis celos?
Que, a costa de la cabeza,
favorecer su porfía
bien puede ser hidalguía, 1155
pero parece bajeza.

Vanse. Salen CELIA y CLARA

CLARA: Disculpados y contentos
están en esta ocasión,
señora, tus pensamientos.
CELIA: Fundan mi amor en razón 1160
sus altos merecimientos.
No te espante la mudanza
en tanta desconfianza,
ni que a quererle me aplique,
que es tener amor a Enrique 1165
de todo un reino esperanza.
CLARA: ¿Qué hablastes en el jardín?
CELIA: Tantas cosas que prometen

a mi amor dichoso fin,
como estos reinos le acaten, 1170
Clara, por francés Delfín.
No le mostré disfavor,
olvidando como error
mi pasado desconcierto,
que tener amor a un muerto 1175
más es melindre que amor.
Aunque el agradecimiento
de aquella pasada historia
pide justo sentimiento,
no se muda la memoria 1180
sino sólo el pensamiento;
que si al príncipe quería,
a quien tanto amor debía,
y el conde lo viene a ser,
lo mismo vengo a querer 1185
que entonces querer solía.
Fuera de esto, en mi defensa
dice Amor que no es ingrato,
y estar disculpado piensa,
porque querer su retrato 1190
no es hacer al dueño ofensa.
Ningún castigo merece
quien ama lo que le ofrece
de lo que amó semejanza,
porque no ha sido mudanza 1195
querer a quien le parece.
CLARA: ¿Tiene buen entendimiento?
CELIA: ¡Ay, Clara! Díjome cosas,
si no fueron fingimiento,
tan tiernas, tan amorosas, 1200
culpando su atrevimiento,
que se disculpara el mío
cuando más favor le hiciera.
CLARA: Olvida, que es desvarío
querer muertos, que aunque fuera 1205
justo amor, fuera muy frío.
Con ganancia te retiras.
Al mayor sujeto miras
que pudiste imaginar;
no tienes que desear 1210
si a reina de Francia aspiras.

Mas ¿qué me darás, señora,
 si llegas a tal estado?
 CELIA: Clara, no espantes agora
 la dicha que no ha llegado. 1215
 CLARA: ¿Por qué, si Enrique te adora?
 ¿Puede ya dejar de ser
 Delfín de Francia? ¿Qué quieres,
 si tú has de ser su mujer?
 CELIA: ¡Oh, qué presto a las mujeres 1220
 engaña un falso placer!

Sale MAURICIO

MAURICIO: ¿Celia?
 CELIA: ¿Señor?
 MAURICIO: ¿Con quién estás?
 CELIA: Con Clara.
 MAURICIO: Despeja, Clara, el aposento luego.
 CLARA: (Algo ha entendido, si en tu amor repara.) **Aparte**
 MAURICIO: Es de los padres el mayor sosiego, 1225
 Celia, el recato de sus hijos.
 CELIA: ¡Mira
 que entras en esta queja a sangre y fuego!
 MAURICIO: Injustamente mi principio admira
 tu casto honor hasta saber mi intento,
 que de los dos a la quietud aspira. 1230
 CELIA: Es la proposición el fundamento
 de cualquiera intención, y comenzaste
 incitando mi justo sentimiento.
 MAURICIO: ¿A quién diste ocasión, a quién miraste,
 por vida de los dos? 1235
 CELIA: Galán pareces.
 Mucho de que eres padre te olvidaste.
 MAURICIO: Pues ¿qué galán de los que tú mereces
 puede haber como yo? Que un galán miente
 y un padre no.
 CELIA: Tus celos encareces.
 Por dicha, ¿temerás que Enrique intente 1240
 inquietar de tu casa la nobleza
 y sángraste en salud por accidente?
 MAURICIO: El venir señoría con alteza
 no lo he pensado yo, si bien no ha sido
 el milagro mayor de la belleza. 1245

Mis celos o mi engaño han procedido,
Celia, de que hoy con el marqués Roselo
una cansada plática he tenido.
Y aunque te pide, me dejó recelo
de que por dicha la ocasión le has dado. 1250
¿Es esto así?

CELIA: Mejor te guarde el cielo.

MAURICIO: Si te parece a ti que es acertado,
si lo deseas tú, no hay que replique.

CELIA: El marqués, si lo ha dicho, te ha engañado.
Y permite, señor, que te suplique 1255
que no tratemos más de casamiento,
y más pudiendo ser tu yerno Enrique.
MAURICIO: ¿Qué Enrique?

CELIA: El que ya tiene pensamiento
de ser Delfín de Francia.

MAURICIO: El tuyo admiro;
mas no debe de ser sin fundamento. 1260
Dime verdad.

CELIA: No hay más de que me mira.

MAURICIO: De mirarte no hubieras tú pensado
que a darte Enrique su esperanza aspira.

CELIA: Con un amigo lo ha comunicado.
Si él espera reinar, lo mismo espero. 1265
MAURICIO: Ni soy cobarde yo ni confiado;
tu vida, Celia, solamente quiero.

Vase. Sale CLARA

CLARA: Una famosa visita
quiere hablarte.

CELIA: ¿El conde?

CLARA: No.

CELIA: Pues ¿quién es? 1270

CLARA: No sé más yo
de que verte solicita.

CELIA: ¿Mujer?

CLARA: Una gran señora
parece.

CELIA: Déjala entrar.

CLARA: De secreto viene a hablar
contigo. Esto dice, y llora. 1275

Salen NARCISA, vestida de dama bizarra, con manto; JUANA, de dueña, con tocas largas; y TIRSO, de escudero

NARCISA: ¿Dónde está su señoría?

CELIA: Aquí, mi señora, estoy.

NARCISA: Mil gracias al cielo doy
de veros, señora mía.

CELIA: (¡Qué lindo talle!) **Aparte** 1280

CLARA: (¡Extremado!) **Aparte**

CELIA: Lléganos sillas aquí.

CLARA: Mejor estaréis así,
señora, que en el estrado.

CELIA: No sé vuestra calidad,
y así no os doy lo que es justo. 1285

NARCISA: No requiere mi disgusto
más honra ni autoridad.

CELIA: No me canso de miraros.

NARCISA: De mi pena os cansaréis;
pero como no la veis 1290

podéis, señora, engañaros;

por la mano pudo ser

ganarme en encareceros,

que no hay bien, después de veros,
sino volveros a ver. 1295

La fama, aunque grande, ha sido
retrato de mal pintor.

CELIA: Que no paséis del favor
a tanta lisonja os pido.

Hablan aparte TIRSO y JUANA

TIRSO: ¡Ay, Juana, temblando estoy 1300

si nos han de conocer!

JUANA: ¿Qué nos puede suceder?

TIRSO: ¿Eres mujer?

JUANA: Sí lo soy,

y me ves tan animosa,

¿qué temes? 1305

TIRSO: ¿No es con razón

temer que en esta ocasión

nos suceda alguna cosa,

a ti por dueña fingida,

y a mí por falso escudero?

NARCISA: Si escucháis, deciros quiero, 1310
 Celia, mi pena y mi vida.

Hermosa Celia, en quien el cielo santo
 un jardín de belleza deposita,
 con esperanza que a mi tierno llanto
 algún favor vuestra piedad permita; 1315
 mi agravio injusto el lastimoso canto
 de Filomena en verde selva imita,
 si a las fuentes refiere sus enojos,
 yo, triste, a las riberas de mis ojos.

De alta sangre nacida en León de Francia, 1320
 quedé sin padres en edad tan tierna
 que mostró mi desdicha la importancia
 de la forzosa obligación paterna.

Hasta la juventud desde la infancia
 el debido recato me gobierna, 1325
 donde apenas mi pie la línea pasa
 en breve patria de mi propia casa.

Turbaron esta paz, no pensamientos
 nacidos del espejo y de su engaño,
 que aun apenas primeros movimientos 1330
 a su cristal reconoció mi daño.

La fiesta que los mismos elementos
 suelen, señora, agradecer al año,
 vistiendo el fuego luz, el aire olores,
 el agua perlas y la tierra flores; 1335
 la fiesta, en fin, de aquel profeta santo,
 general regocijo de la tierra,
 salí formando del cabello el manto,
 que pocas veces la ocasión la yerra.

Pasaba entonces, y en olvido tanto 1340
 como belleza, a la vecina guerra
 el conde Enrique, a quien detuvo el día,
 mejor dijera la desdicha mía.

Transformaba sus lágrimas la aurora
 con el calor del sol por las orillas 1345
 de un manso arroyo, cuya margen dora
 en pimpollos de infantes florecillas,
 cuando a su gente, entonces vencedora,
 que se alojaba por diversas villas,
 alzo los ojos con disculpa y miro 1350
 la hermosa causa por quien hoy suspiro.

En un feroz caballo corpulento
 que las arenas fuego imaginaba,
 y como en ellas en el mismo viento
 fugitivo los átomos pisaba 1355
 el conde con el mismo pensamiento
 o con la misma estrella me miraba,
 coronado de plumas de colores,
 como su frente de diversas flores.
 Bien digo yo que fueron las estrellas; 1360
 pues, después de haber hecho el enseñado
 bridón las gentilezas, que con ellas
 mis ojos puso en el primer cuidado,
 de algunos escuderos y doncellas
 de mi nombre y mis prendas informado, 1365
 dejó la guerra y comenzó la mía.
 ¡Oh, cuánto puede amor cuando porfía!
 No es justo referiros diligencias,
 pues que mi calidad, sangre y estado
 os dirán las forzosas diferencias 1370
 de nacimiento menos obligado.
 Rindiéronse del alma las potencias
 a tanto amor, habiéndose pasado
 primero un año entero en la conquista
 desde el rigor de la primera vista. 1375
 A cuyo fin llegaron juramentos,
 cédulas y palabras, mal cumplidas,
 a derribar mis altos pensamientos,
 si bien no diré yo que son fingidas.
 Tres hijos aumentaron los contentos 1380
 de nuestras dos enamoradas vidas;
 los dos varones, que a su cargo tiene
 aquel hidalgo que conmigo viene.
 La hija cría aquella dueña honrada,
 a cuyos brazos debe, agradecida, 1385
 en virtud y labores enseñada,
 más que a las ansias que le dieron vida.
 Trújome aquí; pero en la muerte airada
 que al príncipe la envidia revestida
 de esta ciudad nos desterró a su tierra, 1390
 que de montañas ásperas se cierra.
 Después que el reino pide su heredero,
 volvimos a París, donde me ha dado
 celos de vos, si bien, como primero,

me jura que conmigo está casado. 1395

De vuestro gran valor, señora, espero
que no daréis lugar a su cuidado,
por lo menos estando de por medio
la gran dificultad de mi remedio.

Tres ángeles os muevan, que perdidos 1400
pueden quedar por vos, y el llanto os mueva
de una mujer tan noble si, atrevidos,
sus pensamientos a engañaros lleva.

No aspiro a reinar yo; mis ofendidos
deudos intentarán que yo me atreva; 1405
sólo pretendo ya que satisfaga
mi honor el conde, que bien mal me paga.

CELIA: ¡Lástima me habéis causado!

TIRSO: (¿Hay embeleco mayor?) **Aparte**

JUANA: (Calla, Tirso, que el Amor **Aparte** 1410
fue siempre el mayor letrado.)

TIRSO: (¿Yo crío dos niños, yo?
¡El diablo me trujo aquí!)

CELIA: Que estéis celosa de mí
me pesa; del conde, no. 1415

Confieso que me ha servido
después que vino a la corte,
no de manera que importe
a lo que os ha prometido; 1420

y que yo, como ignorante,
le miré con afición;
mas viendo que no es razón,
no ha de pasar adelante.

Aquesta palabra os doy.

NARCISA: Mil veces los pies os beso. 1425

Yo temo algún mal suceso
si ve que con vos estoy.

Dadme licencia, que aquí
estoy temblando de miedo
de su rigor. 1430

CELIA: ¿Y no puedo
saber vuestro nombre?

NARCISA: Sí;
que vos, como tan discreta,
no le diréis de esto nada,
que a su condición airada

tengo la vida sujeta. 1435

Temo sus graves enojos,
tanto mi amor desconfía,
que no me amaneca el día
si no me le dan sus ojos.

Y no le quiero perder 1440
una noche de mi lado,
que estará muy enojado
y me dejará de ver.

Doña Sol me llamo. Adiós.

CELIA: El cielo os guarde. 1445

NARCISA: Rufino,
vamos.

TIRSO: (¿Hay tal desatino?) **Aparte**

Vanse NARCISA, TIRSO y JUANA

CELIA: ¡Suceso extraño, por Dios!

Hizo fin mi pensamiento.

CLARA: ¿Por qué?

CELIA: Porque no es razón.

CLARA: Damas como ésta no son 1450
materia de casamiento.

¿Es mucho que un caballero
mozo tenga una mujer?

CELIA: Mucho, Clara, puede ser 1455
si la quiere, y yo le quiero.

Aquí dejo mi cuidado
y cuanto afición se llama,
que hombre con hijos y dama
nunca salió bien casado.

Será su amor inmortal, 1460
Clara, por más que lo dores,
que los primeros amores
salen siempre tarde y mal.

En otra puede emplearse 1465
que no sepa sus cuidados.

CLARA: ¿Han de estar empapelados
los hombres para casarse?
Puede dejar de querer
sus hijos.

CELIA: Mi intento muda 1470
esto de ser reina en duda

y tener otra mujer.

Salen ENRIQUE y FELICIANO

ENRIQUE: ¿A qué mejor ocasión
pudo llegar mi deseo?

FELICIANO: Sola está Celia.

ENRIQUE: Señora,
gracias al amor y al tiempo 1475
concertados en mi dicha,
pues en ocasión os veo
que os pueda hablar sin testigos.

Hermosa Celia, ¿qué es esto?
¿Tan limitada alegría 1480
de vuestros ojos merezco?

¿Tan poco favor a quien
con tal cuidado y desvelo
pasa las horas de ausencia
en vuestros merecimientos? 1485

¿Qué novedad ha causado,
claro sol, cielo sereno,
tanta tempestad de agravios
sobre mi inocente pecho?

¿Rayos a mí, dulces ojos? 1490
¿Soy yo gigante soberbio,
que me fulminan airados?

¿He conquistado su cielo
por ambición de su gloria
con montes de atrevimiento? 1495

CELIA: Enrique, por no tenerle
con vos, que en esto os debo
respeto, por muchas causas
daba mi agravio al silencio.

Indigna cosa parece 1500
de tan nobles caballeros,
que los llama su fortuna
al laurel de tantos reinos,

engañar una mujer
de mi calidad, haciendo 1505
tan falsas demostraciones,
todas por ventura a efeto
de engañarme, como a quien
hoy llora rigores vuestros.

Yo no soy mujer, Enrique, 1510
de obligaciones, que puedo
andar en pruebas de amor
ni en competencias de celos.
Aquí ha estado doña Sol
con la dueña y escudero 1515
que vuestros tres hijos crían.
A vuestra memoria dejo
la historia de sus agravios.
Con lágrimas, desde el tiempo
que la distes en León 1520
palabra de casamiento,
me la refirió, y me pide
no os dé lugar con su ejemplo
a mayor desdicha mía,
y que me admiro os confieso 1525
que, estando todas las noches
con libre y cansado sueño
con ella y con vuestros hijos,
tengáis atrevido aliento
de inquietarme a mí los días 1530
con visitas y paseos.
Enrique, yo soy quien soy;
bien sabéis, porque es muy cierto,
que no sois mejor que yo.
Burlas, donde hay padre y deudos 1535
de la calidad que veis,
no parecen de hombre cuerdo.
No habéis de mirarme más;
acudid a vuestro empleo,
que llora por vos el Sol 1540
y es lástima darle celos.

Vase CELIA

ENRIQUE: ¡Señora! ¡Señora!

FELICIANO: Fuése.

ENRIQUE: Clara, detente. ¿Qué es esto?

CLARA: ¿Qué ha de ser?

ENRIQUE: ¿Suelen a Celia
darle aquestos movimientos 1545
por alguna enfermedad?

CLARA: Piensa muy a lo discreto

disimular vuestra alteza.

ENRIQUE: ¿Qué dices?

CLARA: Que ya sabemos

de la misma doña Sol 1550

todos los pasados cuentos.

Váyase con sus tres hijos;

cumpla, pues la debe al cielo,

la palabra que le ha dado.

ENRIQUE: Oye, Clara, que no acierto, 1555

de turbado, a responderte.

CLARA: Conde, no tiene remedio.

ENRIQUE: ¿Mujer ha venido aquí?

CLARA: Y con lágrimas que creo

que enternecieran las piedras. 1560

ENRIQUE: ¿Mujer principal?

CLARA: No pienso

que hay en París tan hermosa

dama.

ENRIQUE: Vete, que ya entiendo

la invención, y sé en qué prenda. 1565

CLARA: ¿Qué invención?

Vase CLARA

ENRIQUE: ¡Viven los cielos,

que he tenido por desdicha

que viva en este suceso

Celia dentro de palacio.

FELICIANO: Pues ¿qué presumes? 1570

ENRIQUE: Sospecho

que ese engaño le ha contado

a Celia el marqués Roselo,

que, como sabes, la sirve;

que haber venido es enredo

esta doña Sol que dicen 1575

y, si no fuera aquí dentro,

yo lo averiguara a voces,

agraviado y descompuesto.

FELICIANO: Vámonos de aquí, señor,

que viene el marqués, y temo 1580

tu condición.

Sale el marqués ROSELO

ROSELO: Aquí está.
 Señor conde, ¡a qué buen tiempo
 os hallo en esta ocasión!
 ENRIQUE: (¿Podré tener sufrimiento?) **Aparte**
 FELICIANO: (Mira, señor, dónde estamos.) **Aparte**
 ROSELO: Enrique, hablaros deseo.
 ENRIQUE: (¿Qué haré, Feliciano?) **Aparte**
 FELICIANO: (Oírle.) **Aparte**
 ENRIQUE: ¿En qué os sirvo?
 ROSELO: Estadme atento.

Después que de París os retirastes,
 conde, a vivir en una pobre aldea,
 y su confusa pompa despreciastes,
 como quien tanto su quietud desea,
 y lejos de la envidia cortesana
 en dulce soledad la vida emplea,
 yo vi sin elección ni ambición vana
 la hermosura de Celia por destino,
 alma divina en perfección humana.
 Seguir mi pensamiento determino
 con alguna esperanza lisonjera
 que a darme aliento o a engañarme vino.
 Contar los gastos de esta empresa fuera
 bajeza del valor; cuento los pasos
 mientras un año el sol corrió su esfera.
 Fui de su puerta en todos sus ocasos
 inmoble piedra hasta salir la aurora,
 donde me sucedieron varios casos.
 No porque tenga yo de esta señora
 ni queja ni favor; vengo a pedirlos,
 porque entendí que la servís agora,
 procuréis, si es posible, divertirlos
 del nuevo pensamiento si obligaros
 merecen tantas ansias y suspiros.
 Esto con humildad, y aseguraros
 que amor y no arrogancia me ha movido,
 que si no puede ser, quiero dejaros
 libertad de pedirme lo que os pido.
 ENRIQUE: Marqués, por medios honrados
 los caballeros discretos
 intentan fines y efeto

iguales a sus cuidados. 1620
Si esto fuera antes de hacer
lo que en mi agravio habéis hecho,
yo quedara satisfecho;
pero como viene a ser
después de haberle contado, 1625
viendo que ya me quería,
a Celia que yo tenía
tres hijos y que le he dado
palabra de casamiento
a mujer que jamás vi, 1630
contentaos que tenga aquí
de escucharos sufrimiento.
¿Yo doña Sol? ¿Yo he tenido
tres hijos? ¿No hay otros medios
para celosos remedios? 1635
ROSELO: Conde, menos atrevido,
aunque aspiréis a Delfín,
que no lo sois hasta agora.
Yo he mirado a esta señora
para tan honesto fin 1640
que no tengo que temer
de hombre humano competencia,
ni es tan baja diligencia
de mi noble proceder.
Dw ella yo estoy satisfecho, 1645
aunque con desdén me mira,
porque tan grande mentira
fuera indigna de su pecho.
Si otro alguno os engañó,
miente, y yo lo probaré 1650
con la espada.

ENRIQUE: Yo no sé
más de que Celia me dio
la queja que os he contado;
y como la fama ha sido
que de París me ha tenido 1655
vuestra envidia desterrado,
presumo que vos seréis.

ROSELO: Respondo que no es razón
que mienta la presunción,
si sois vos quien la tenéis. 1660

ENRIQUE: A tales atrevimientos

no hay respeto que mirar.
ROSELO: Ni reservado lugar
para honrados pensamientos.

Sale el REY, MAURICIO y LEONELO

FELICIANO: ¡El rey, señor! 1665
ENRIQUE: No le espero,

Vase

REY: ¿Aquí espadas?
ROSELO: Quien defiende
honra y vida, gran señor,
vuestra disculpa merece.
El conde...

REY: No prosigáis;
bien sé que la culpa tiene, 1670
pues no esperó como vos,
que quien sin ella se siente
no huye el rostro al juez.

ROSELO: De que tú le favoreces
piensa que estoy envidioso. 1675
Tú sabes, señor, que siempre
te he dicho de Enrique bien.

REY: ¿Y ésa es causa suficiente
para que saquéis la espada?

ROSELO: Si fue para defenderme, 1680
como he dicho, ¿no fue justo
que su furor resistiese?

REY: Leonelo, llevadle preso
y buscad al conde. ¿Puedes, 1685
Mauricio, agora abonarme
estas cosas, como sueles?

¿Ves cómo comienza Enrique,
arrogante y insolente,
a atropellar la nobleza?
¡Qué buen principio me ofrece 1690
para lo que el reino pide!

MAURICIO: Hasta oírle no conviene
ponerle toda la culpa.

REY: Yo le conozco. ¡Si él fuere
digno del laurel de Francia! 1695

MAURICIO: Presumo que le aborreces.

*Salen NARCISA, JUANA y TIRSO, todavía vestidos de dama,
dueño y escudero*

NARCISA: Aquí está su majestad.

TIRSO: ¿Es posible que te atreves
a hablarle?

NARCISA: Calla, cobarde;
también escuchan los reyes.
¡Señor!

REY: ¿Quién es?

NARCISA: Quien quisiera
hablarte secretamente.

REY: El gobernador no importa.
¿A qué vienes y quién eres?

NARCISA: Invicto Ludovico,
yo soy madama Flor, hija de Arnesto.
Escucha, te suplico,
la justa causa que a tus pies me ha puesto.

Soy principal y grave;
todo París mi nacimiento sabe.

Tengo una hermana hermosa,
a quien vio por mi mal el conde Enrique,
tan noble y virtuosa,

que, no sabiendo qué remedio aplique
a vencer su decoro,

porque con la virtud no es precio el oro.

De medios se ha valido
tan indignos de un príncipe que aspira
al reino pretendido,

y del espejo en que París se mira,
pues ha de sucederte,

que de mayores males nos advierte.

La oscura noche estaba
habrá tres días en silencio solo;

mi gente reposaba,

porque, en partiendo el sol al otro polo,
a ejemplo de su dueño,

se encierra, muda a la labor y al sueño.

Cuando el conde, atrevido,

de mi hermana Lucrecia enamorado,

1700

1705

1710

1715

1720

1725

1730

nuevo Tarquino ha sido,
aunque sólo ser güésped le ha faltado;
pues, rompiendo ventanas,
puso en su honestidad manos tiranas.
Lloraba la doncella, 1735
que enterneciera un mármol. Aquí vienen
testigos que de vella
lágrimas tiernas en los ojos tienen.
Mas no le aprovechaba,
que Roma ardía y a Nerón lloraba. 1740
De ellos, señor, te informa;
ellos te digan lo que yo no puedo;
verás cómo conforma
la pena al llanto, la desdicha al miedo.
¡Ay, mi Lucrecia amada! 1745
¿Qué hará tu honor, tu castidad violada?

REY: ¿Qué dices de esto, Mauricio?
MAURICIO: Estoy, señor, admirado.
REY: ¿Parécete que me ha dado
de ser buen príncipe indicio 1750
extremada educación?--
Venid acá vos, señora,
¿por dónde entró y a qué hora
Enrique en tan gran traición?

JUANA: Señor, las doce serían 1755
y entró por una ventana.

TIRSO: (En examinando a Juana, **Aparte**
a las galeras me envían.)
JUANA: Era lástima, señor,
verla de lágrimas llena, 1760
como dulce Filomena
llorar su perdido honor.

REY: Vos, buen hombre, ¿qué decís?
TIRSO: Señor, lo que es el forzarla
yo lo vi, que de mirarla 1765
lloraba todo París;
mas lo que es a Filomena
yo no la he visto, en verdad.

NARCISA: Túrbale la majestad
y enternécele la pena. 1770
TIRSO: Lo que es forzarla, eso vi;
no diré otra cosa yo,

y aun después que la forzó...

REY: ¿Qué?

TIRSO: ...quiso forzarme a mí.

1775

NARCISA: Está turbado, señor.

TIRSO: Sí, porque la defendía

de sus manos, me decía,

lento de enojo y furor,

que me había de hacer

1780

y acontecer. ¿No es forzarme?

REY: No es menester informarme;

reportarme es menester.

Traedme mañana aquí

esa doncella.

1785

NARCISA: Señor,

remedio pide mi honor.

REY: Traedla y fiad de mí.

NARCISA: Guarden los cielos tu vida.

TIRSO: Juana traerá a Filomena,

señor, que yo, con la pena

1790

de nuestra casa ofendida,

no sé agora dónde vive.

JUANA: (Camina, que puede entrar **Aparte**
el conde.)

NARCISA: (No he de parar **Aparte**

hasta que el rey le desprive,

1795

hasta que al monte se vuelva,

porque el conde ha de saber

que, agraviada una mujer,

no hay cosa que no revuelva.)

Vanse NARCISA, JUANA y TIRSO

REY: ¿Qué podrás decir agora,

1800

Mauricio?

MAURICIO: No sé qué diga

si el conde te desobliga

de esta suerte.

REY: ¿A una señora

tan principal eso intenta

Enrique para agradarme?

1805

¿Con esto quiere obligarme?

Al reino quiero dar cuenta

de estos principios, Mauricio.

MAURICIO: Disculpa tiene la edad.

REY: Nacen con la majestad
canas, valor y juicio.

1810

Salen ENRIQUE, FELICIANO y LEONELO

LEONELO: Al conde tienes aquí.

REY: No sé, Enrique, cómo pueda
decirte mi sentimiento.

ENRIQUE: ¿Quién duda, señor, que seas
juez discreto y que agora
a la otra parte reservas
uno de los dos oídos?

1815

REY: Cuando solamente fuera
sacar sin causa la espada,
Enrique, mi justa queja
admitiera tu disculpa,
y aun pienso que cuando hubieras
muerto al marqués, porque, en fin,
honor y cólera ciegan

1820

los hombres y, de improviso,
pocas espadas son cuerdas;
pero hacer Roma a París
y que a quejarse venga
madama Flor de que fuerces,
sin ser Tarquino, a Lucrecia,
¿cómo lo podré sufrir?
¿Tú por las ventanas entras
de una casa principal
y fuerzas a una doncella?

1825

1830

1835

ENRIQUE: (¿Qué es aquesto, Feliciano?) **Aparte**

FELICIANO: (No es posible que esto sea **Aparte**
sino envidia de traidores.)

ENRIQUE: Señor, ¿qué traidora lengua
te informa tan mal de mí?

1840

¿Qué hombre es éste que desea
mi muerte?

REY: No es hombre, Enrique.

Como un instante vinieras
antes, hallaras aquí
el dueño de tanta afrenta.

1845

Madama Flor me ha contado
que, como no te aprovecha

contra su virtud el oro,
te has valido de la fuerza.
A su hermana has forzado, 1850
Enrique, ¿por qué lo niegas?
ENRIQUE: ¿Qué madama Flor, señor,
que me quitas la paciencia?
Si la conozco ni he visto
tal casa ni tal Lucrecia, 1855
quíteme el cielo la vida.
REY: Y si viene esta doncella
mañana aquí, y en tu cara
te dice con la violencia
que le quitaste el honor, 1860
¿qué dirás?
ENRIQUE: Que cuando venga
tal mujer, ni del delito
que te han dicho me convenza,
quiero que luego me quiten
de los hombros la cabeza 1865
en un público teatro.

Empieza a irse ENRIQUE

REY: Yo sé que, cuando la veas
que te prueba con testigos
tan abonados la fuerza,
será imposible negarlo. 1870

Vuelve ENRIQUE

ENRIQUE: ¿Qué testigos?
REY: Una dueña
y un escudero, que entrambos
te harán decir lo que niegas.
ENRIQUE: ¿Qué es esto, señor Mauricio?
MAURICIO: Conde, ¡por Dios!, que me pesa. 1875
Yo he visto a madama Flor,
las lágrimas y las quejas.
Lo demás vos lo sabéis.

Vanse el REY, MAURICIO y el REY

ENRIQUE: ¿Hay tal maldad?

FELICIANO: ¡Bueno quedas!	
Temo que te vuelvan loco.	1880
ENRIQUE: No hayas miedo que me vuelvan loco, porque ya lo estoy.	
¿Qué Flor o demonio es ésta?	
FELICIANO: Otra doña Sol será que, como entonces con Celia,	1885
agora con otro engaño	
también con el rey te enreda.	
ENRIQUE: Fáciles son, Feliciano, de conocer estas tretas.	
No puede sufrir la envidia	1890
que Delfín de Francia sea;	
siempre sigue a la virtud.	
FELICIANO: El pie temerario asienta; adonde pone la planta	
sus mismas estampas sella.	1895
ENRIQUE: Dos cosas inremediables sombra de su sol engendran:	
a la envidia, la privanza,	
por más humildad que tenga,	
y a los celos el amor.	1900
Pero ¡que mi suerte sea tan desdichada que al rey le digan tales bajezas...!	
¿Yo he visto a madama Flor ni yo he forzado a Lucrecia?	1905
¿Yo estoy casado y con hijos, como dijeron a Celia?	
¡Oh, fortuna de las cortes!	
¡Oh, mar de infames sirenas!	
¡Oh, peligro deseado[,] posta que la vida llevas!	1910
¡Oh, piélago de mentiras!	
¡Oh, vil quimera compuesta de lisonja y ambición,	
murmuración y soberbia,	1915
donde el mentiroso vulgo ni aun la majestad respeta!	
¿Tan lejos viven los pies de conocer la cabeza?	
Si me aborreces, yo a ti,	1920
y, por que mejor lo creas,	

desde aquí me vuelvo a un monte, donde son los hombres peñas. Mejor que vivir contigo quiero vivir entre fieras, que más fácil que a la envidia les puedo hacer resistencia. Deme seguro descanso la soledad de una aldea, una fuente sus cristales, un olmo su sombra fresca.	1925
No quiero yo más palacios que la cumbre de una sierra; no más dosel que su nieve, hecho de escarchada tela; allí me canten las aves, no las lisonjeras lenguas. De las cortinas del sol sumiller la aurora sea; rústica Narcisa mire y no adore ingrata Celia; aquella verdad estime, aquellas entrañas crea.	1930
Adiós, París, adiós, corte; adiós, pretensiones necias; adiós, que monte y Narcisa con dulces brazos me esperan. Llevarle quiero dos joyas y, porque de plata y seda entiende menos que de almas, a toda el alma con ellas.	1935
	1940
	1945
	1950

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen ROBERTO y ROSELO, de noche

ROBERTO: Por el reloj de los cielos,
pienso que las once son.

ROSELO: Yo he pensado esta invención
para averiguar mis celos.

1955

Porque, fingiéndome el conde,
la envidia de su favor,
sabré si le tiene amor
en lo que Celia responde.

ROBERTO: Pues ¿habla con él?

1960

ROSELO: Así
me lo ha dicho cierta dama.

ROBERTO: Pues llega a la reja y llama.

ROSELO: ¡Amor se duela de mí!

Sale CELIA a la reja

CELIA: ¿Quién es?

ROSELO: (¡Qué a punto que estaba!) **Aparte**

Enrique, señora, soy.

1965

CELIA: Dijéronme, conde, que hoy
licencia, enojado, os daba
el rey para que volváis
a vivir a vuestra tierra.

¡Oh, cuánto el consejo yerra
que en esta ausencia tomáis!

1970

Porque si estando presente
os trata la envidia así,
¿qué hará de vos y de mí
si estáis de la corte ausente?

1975

No pensé desenojarme,
que tanto estuve ofendida
de doña Sol que en mi vida
imaginé reportarme,
pero, sabiendo que os vais,
no quiero ser descortés.

1980

Salen MAURICIO, con rodela y espada, y JULIO

MAURICIO: Hoy tengo de ver quién es,
celos, si licencia daís
a un padre en tantos desvelos
para defender su honor. 1985

JULIO: ¿Quién va?
ROSELO: Que pase es mejor,
si no le detienen celos.

Meta mano a la espada MAURICIO

MAURICIO: De esta suerte pasaré
en defensa de esta casa.
ROSELO: Pues, si de esta suerte pasa, 1990
lo mismo a su ejemplo haré.

Riñen ROSELO y MAURICIO

MAURICIO: Bríos tengo en esta edad
para defender mi honor,
que no me sufre el valor
usar de la autoridad. 1995

JULIO: ¿Así se pierde el respeto
a tan gran señor, villanos?
ROSELO: Hablan de noche las manos
y es el silencio discreto. 2000

MAURICIO: ¡Herido estoy!
ROSELO: ¡Vive Dios,
que es Mauricio!

ROBERTO: Error ha sido.
¡Huye!
ROSELO: ¿Si me han conocido?

Vase ROSELO y ROBERTO

MAURICIO: ¡Qué necios fuimos los dos,
Julio, en salir de esta suerte, 2005
sin traer armas de fuego!
JULIO: ¿Qué sientes?

MAURICIO: Pienso que llego
a las ansias de la muerte.
Entra y a Celia le di
la desdicha que ha causado. 2010
JULIO: Sin alma voy de turbado.

MAURICIO: ¡En triste punto salí!

Vanse. Salen NARCISA y JUANA, de labradoras

JUANA: Murió el mejor labrador
que esta montaña ha tenido.

NARCISA: La muerte de Albano ha sido
templanza de tanto amor.

2015

Por padre le he respetado;
con tal nombre me crió.

JUANA: ¿Qué, no era tu padre?

NARCISA: No.

JUANA: Pues ¿quién te ha desengañado?

2020

NARCISA: Algún día lo sabrás.

JUANA: Haces tantas invenciones

que temo de tus razones

que otras mayores harás.

Di que no es tu padre Albano,

2025

fíngete ahora princesa

para conseguir la empresa

de tu pensamiento vano.

Que desde que yo te vi

con tanta gala y valor,

2030

doña Sol y doña Flor,

y hablar con un rey así,

dije, "O aquesta mujer

nació señora, o ninguna

tuvo en tan baja fortuna

2035

más entendimiento y ser."

¡Qué bien te estaba el vestido!

A mí propia me engañabas.

NARCISA: Pues de ese engaño en que estabas

desengaño el tiempo ha sido.

2040

Tú sabrás pronto un secreto

que te cause admiración.

Sale TIRSO

TIRSO: Dadme albricias.

NARCISA: ¿De qué son?

TIRSO: ¿Prométeslas?

NARCISA: Sí, prometo.

TIRSO: El conde Enrique está aquí.

2045

NARCISA: ¿Estás loco?

TIRSO: Loco estoy,
pues esas nuevas te doy.

NARCISA: ¿Tú le has visto?

TIRSO: Yo le vi,
con el gabán que solía,
pasear en nuestra aldea.

2050

NARCISA: Juana, ¿quieres que lo crea?--
¿Mientes por darme alegría
o por burlarte de mí?

TIRSO: Si no le he visto y hablado,
que me vea en alto estado
del humilde en que nací,
y allí, con tanta arrogancia,
que nadie me quiera bien.

2055

Mira tú, diciendo amén,
si es maldición de importancia.

2060

NARCISA: ¿Qué le habrá traído aquí?

TIRSO: La mudanza de la corte.

Pero ¿qué me das en porte
de la nueva que te di?

NARCISA: Fuera de la voluntad,
pide, Tirso.

2065

TIRSO: Que aquel día
que el conde, Narcisa mía,
pues será con brevedad,
se case con quien le iguale
en calidad y valor,
agradezcas este amor,
si para lo mismo vale.

2070

Que, habiéndote de casar,
¿quién me iguala en el aldea
que de tantas partes sea
para poderte igualar?

2075

De lo rústico no digo;
mas si lo fui, te prometo
que pienso que soy discreto
después que trato contigo,
que por lo menos se aprende
de tratar con quien lo es.

2080

NARCISA: Digo que sea después
que el conde con quien pretende
se case, que ya sé yo

2085

que esto ha de ser con su igual.

Salen ENRIQUE, con gabán, y FELICIANO

FELICIANO: ¿Qué, no te parecen mal estas soledades?

ENRIQUE: No.

Antes me han de dar salud
estas selvas, monte y prado, 2090
este silencio sagrado
y esta dichosa quietud.

Aquí, de estas fuentes bellas,
mis pensamientos se fíen,
que parece que se ríen 2095
de verme volver a vellas.

¿Qué amigos más verdaderos
que estos árboles y flores?
Cántenme aquí ruiñeños
y no en París lisonjeros. 2100

Aquí viviré pasando
las horas en vida honesta.

FELICIANO: ¡Ay, señor! Narcisa es ésta.

¡Qué a traición te está mirando!

ENRIQUE: ¡Narcisa mía! 2105

NARCISA: ¿De quién?

ENRIQUE: Mía, mi bien.

NARCISA: ¿Suya?

ENRIQUE: Sí,

que no hay más bien para mí.

NARCISA: Luego ¿no es Celia su bien?

ENRIQUE: ¿Quién te dijo esa locura? 2110

Un día la visité
para rendir a tu pie
su discreción y hermosura...

NARCISA: ¿No más?

ENRIQUE: Feliciano diga
si fue por otra razón. 2115

NARCISA: ¡Buen testigo!

FELICIANO: Celos son,
que bien sabes que le obliga
al conde, para vivir
estas selvas, tu belleza.

ENRIQUE: Y Juana ¿tanta aspereza?

JUANA: Pues yo ¿qué puedo decir
si Narcisa está enojada? 2120

ENRIQUE: Y Tirso ¿tan escondido?

TIRSO: Yo, cierto que no he sentido
de aquello de Celia nada;
pero si Narcisa y Juana 2125
están celosas, ¿soy yo
de piedra?

ENRIQUE: Si se enojó
de la usanza cortesana
Narcisa, no lo estéis vos.

TIRSO: Yo, como ella no lo esté, 2130
no habrá cosa que me dé
pesadumbre; no, por Dios.

ENRIQUE: Narcisa, a la corte fui,
adonde el rey me llamó;
la esperanza que me dio 2135
mudó la apariencia en mí;
no la voluntad, que allí
dentro del pecho vivía;
que, supuesto que decía
otras diversas razones, 2140
en todas las ocasiones
eras alma de la mía.

Decíale al rey, mi bien,
que por mujer acetaba
la de Cleves, que él me daba, 2145
y al gobernador también,
por no mostrarles desdén;
pero cuando esto decía,
dando a entender que quería
casarme luego con ella, 2150
eras tú, Narcisa bella,
en el alma mujer mía.

Cuando a Celia visitaba,
de su valor satisfecha,
sin tener de ti sospecha, 2155
de quien tan segura estaba;
cuando, necia, imaginaba
deshacer lazo tan fuerte,
como de los dos se advierte,
estaba el alma en su centro 2160

diciendo, "Soy aquí dentro
de Narcisa hasta la muerte."
NARCISA: ¡Qué donaire que ha tenido
vuestra alteza, gran señor,
en tenerme tanto amor 2165
dentro del alma escondido!
Como renegado ha sido
que dice, cuando se ve
entre cristianos, que fue
con la lengua siempre incierta, 2170
pero que tiene encubierta
dentro del alma la fe.
Pues, señor, sepa que es poca
cuando la encubre el temor,
porque también quiere Amor 2175
que le confiese la boca.
Que pasión que al alma toca
es en tiempos semejantes
más descubierta entre amantes,
si no es que la fe se amengua, 2180
que desde el alma a la lengua
corre el amor por instantes.
De quien calla, cuando es justo
que hable claro, se infiere
que desprecia lo que quiere 2185
o quiere otro nuevo gusto.
Que la trae algún disgusto
de la corte a este lugar
bien se deja imaginar,
porque si amor me tuviera, 2190
puesto que callar quisiera,
era imposible callar.

ENRIQUE: Confieso que me ha traído
desabrimiento a mi aldea
de ver tan loca a la envidia, 2195
sin pedir al rey licencia.
Andaba cierto marqués
lleno de celos de Celia;
desbarató los principios,
temiendo la competencia 2200
con decir que yo tenía
de una doña Sol, leonesa,

tres hijos, y al rey también
que forzaba las doncellas,
pues cierta madama Flor 2205
le dijo que de Lucrecia,
su hermana, Tarquino fui,
probando la injusta fuerza
con un infame escudero
y una mal nacida dueña, 2210
que ¡vive Dios! que a saber
quién estos villanos eran,
que les quitara mil vidas.
TIRSO: (¡Oxte, puto, guarda fuera!) **Aparte**
NARCISA: (Maldición de flores nueva; **Aparte** 2215
pero no querrá que estén
cautivas Naturaleza.)
Prosiga su historia.
ENRIQUE: En fin,
.....
aquesta madama Flor, 2220
--¡plega al cielo que lo sea
en los jardines del Turco!--
con tantas lágrimas tiernas
dicen que al rey informaba
que enterneciera las piedras. 2225
Como vi que si vivía
más tiempo entre tantas fieras
aventuraba la vida,
acordéme de mi aldea
y quise más ver los prados 2230
que pisas, Narcisa bella;
las fuentes en que te miras,
las aves que te requiebran;
estas peñas que, arrogantes,
compiten con las estrellas, 2235
cuya nieve, vuelta en agua,
humilla el sol a la tierra;
estos cándidos vellones
de tus peinadas ovejas;
estas cabañas humildes 2240
de secos tarayes hechas,
que los dorados palacios,
cuya envidiada grandeza
no me agradaba, enseñado

a la quietud de estas selvas. 2245

Yo vengo a vivir aquí,
yo vengo a servirte en ella,
donde, por recién venido,
cuando otra cosa no sea,
bien merece que tus brazos... 2250

NARCISA: Detente.

ENRIQUE: No me detengas.

JUANA: Ea, Narcisa; que el conde
te adora.

FELICIANO: Si esto no fuera
amor, ¿por qué obligaciones
viniera el conde a esta tierra? 2255

NARCISA: No pienso hacer paz con él
si Tirso no me lo ruega.

TIRSO: (Esto es mandarme bailar **Aparte**
y aforrarme la cabeza.)

NARCISA: Como Enrique... 2260

ENRIQUE: Di, adelante.

NARCISA: ...ser mi marido prometa.

ENRIQUE: Si me igualaras, Narcisa,
o Francia no me pidiera
por su Delfín...

NARCISA: Yo te igualo.

ENRIQUE: ¿De qué suerte? 2265

NARCISA: Escucha.

Ruido dentro

ENRIQUE: Espera;
que gran gente baja al valle.

Salen LEONELO y soldados

NARCISA: ¡Oh, Amor, no hay gloria sin pena!

LEONELO: Prevenid todos las armas.

Dése a prisión vuestra alteza.

ENRIQUE: ¿Alteza y prisión, Leonelo? 2270

¿Qué novedades son éstas?

¿Hay otra madama Flor?

¿Hay otra fingida queja?

LEONELO: La que la tiene de ti
aspiraba a ser princesa 2275

contigo y, ya tu enemiga,
le pide al rey tu cabeza.

ENRIQUE: ¿Quién, capitán?

LEONELO: No preguntes
lo que tan bien sabes. Celia,
cuyo padre has muerto. 2280

ENRIQUE: ¿Cómo?

LEONELO: Dice que, hablando con ella,
salió su celoso padre
y que, al llegar a su reja
tú y Feliciano le habéis
muerto. 2285

ENRIQUE: Que lo sea me pesa,
que era Mauricio mi amigo
y hombre de tan altas prendas
que no queda al rey en Francia
de quien confiarse puedan
los consejos de la paz 2290
y las armas de la guerra.

¡Qué desdicha! Pero admira
que sea Celia tan necia
que entienda que yo le he muerto. 2295

Vamos, Leonelo, a que sepan
en París cuántos caminos
contra mi inocencia intenta
la envidia. Poco ha, Leonelo,
que me llevaste a que fuera
Delfín de Francia, y agora 2300
me llevas preso. ¿Qué piensa
la Fortuna hacer de mí?

Mas, por ventura, desea
quitar a la necia envidia
esta piedra en que tropieza. 2305

LEONELO: Esto manda el rey.

ENRIQUE: Narcisa,
¡vive Dios! que mi inocencia
está libre de esta muerte.
Ya no es posible que vuelva.
Con Dios te queda y también 2310
con la poca o mucha hacienda
que hallares en esa casa.
No respondes... pero aciertas.

Vamos.

LEONELO: Venid, Feliciano.

FELICIANO: Cuando tú no me quisieras
llevar, fuera yo mil veces.

2315

Vanse ENRIQUE, LEONELO, FELICIANO y soldados

JUANA: ¡Bravas desdichas te cercan!

TIRSO: ¡Bravas fortunas te siguen!

NARCISA: ¡Gran pecho quieren mis penas!

¡Gran ánimo mis desdichas!

2320

¡A ellas, amor, a ellas!

Seguidme.

TIRSO: Pues ¿dónde vas?

NARCISA: Adonde mis penas crean

que tengo tan grande amor

que las ha de hacer pequeñas.

2325

Vanse. Salen el REY y ROSELO

REY: No sé cómo te animas,

Roselo, a consolarme en tanta pena.

ROSELO: Rogarte que reprimas[,]

[s]i las mayores el valor refrena,

con discreto jüicio,

2330

la que dio la muerte de Mauricio.

¿Por qué, señor, te ofende?

REY: Porque perdí un amigo en quien tenía,

marqués, lo que pretende

quien ha de gobernar la monarquía

2335

de un reino; que en el polo

celeste el sol aun no gobierna solo.

A la noche preside

la blanca luna, mientras él descansa,

y el gobierno divide.

2340

Tal vez el peso del imperio cansa

y es menester Atlante,

en cuyos fuertes hombros se levante.

Aquel ángel de guarda

que suele dar a un rey la vulgar gente

2345

que en lo exterior le guarda,

se ha de entender un grave presidente

que, haciendo justas leyes,

haga dichoso el cetro de los reyes.
 ¿Quién fue como Mauricio? 2350
 La coluna de Francia me ha faltado.
 ROSELO: No faltan al servicio
 de tu corona con igual cuidado
 muchos grandes sujetos
 no menos generosos y discretos. 2355
 REY: Sin esto, ¿qué desdicha
 puede igualarse a haberle Enrique muerto?
 ¿Será razón, por dicha,
 no castigar tan grave desconcierto?
 ROSELO: Que no es justicia, digo, 2360
 a quien ha de heredarte dar castigo.
 REY: ¿Cómo que no es justicia?
 ¿Ésa es razón de un hombre de tu ingenio?
 ROSELO: No se prueba malicia.
 REY: Pregúntale a Aristómenes Mesenio, 2365
 supuesto que se ama,
 cómo la mala sangre se derrama.
 Casio y Epaminundas
 y Seleuco ¿sus hijos no mataron?
 ROSELO: Si la justicia fundas 2370
 en gentiles, la fama idolatrarón.
 REY: No son, por ser gentiles,
 si fueron justos, los ejemplos viles.
 ROSELO: Luego ¿quitar la vida
 piensas a Enrique porque Celia, airada, 2375
 diga que fue homicida
 de su padre, celosa y engañada?
 REY: ¿Engañada, Roselo?
 ROSELO: ¿No se pudo engañar?
 REY: ¡Pluguiera al cielo!

Salen CELIA, de luto, CLARA y acompañamiento

CELIA: Como suele, señor, venir la parte 2380
 a pedirle justicia a un rey, yo vengo
 a pedirte piedad y a suplicarte
 que no mires airado la que tengo,
 que más glorioso nombre puede darte
 la que al valor de tu laurel prevengo 2385
 con perdonar a Enrique, en quien estriba
 que esta corona con descanso viva.

Ya me miran, señor, todos airados,
 tan grande y justo amor al conde tienen. 2390
 Ya mi padre murió; ya tus cuidados
 otros sujetos de valor previenen.
 Mira que los sucesos desdichados,
 no por malicia, por desgracia vienen;
 yo le perdono, la prisión excusa,
 que me ha seguido la ciudad confusa. 2395
 No permitas que Francia me aborrezca,
 que, aunque es verdad que yo le vi matalle,
 defendiéndose fue; no te parezca
 que por amor pretendo disculpalle.
 ¿Qué castigo pretendes que merezca 2400
 quien no pudo pensar que por la calle
 viniera un hombre de su edad celoso
 sin descubrirse a un mozo valeroso?
 ¿Qué querías, señor, que Enrique hiciese,
 cuando mi padre la ocasión le daba? 2405
 Ni puedo yo creer que conociese
 a quien como a ti mismo respetaba.
 Con esto, gran señor, tu enojo cese,
 vuelva a tu gracia el conde, como estaba;
 harás agora a la razón sujeto 2410
 lo que después harás menos discreto.
 REY: ¡Marqués!
 ROSELO: ¡Señor!
 REY: Escuchad.
 Yo os quiero pedir consejo.
 Ésta quiere a Enrique vivo;
 no quiere a su padre muerto. 2415
 ¡Cómo se conoce amor!
 ROSELO: (¡Más se conocen mis celos!) **Aparte**
 REY: He imaginado, marqués,
 para todos un remedio.
 Yo no he de matar a Enrique, 2420
 Francia le llama heredero,
 yo pienso que lo ha de ser
 si quieren guerras y pleitos.
 Pues dejar a Celia así
 no es cumplir con lo que debo 2425
 al muerto ni a mi justicia;
 darle por castigo quiero

el remedio de su casa.

ROSELO: Pues ¿qué tienes por remedio?

REY: Que, casándose con Celia,

2430

Enrique suceda al muerto.

Con esto pago a Mauricio

servicios de tanto tiempo,

remedio a Celia y castigo

a Enrique.

2435

ROSELO: No lo aconsejo.

REY: ¿Por qué? ¿No es tan buena Celia

como Enrique?

ROSELO: Yo confieso

la nobleza; mas merece

Enrique más casamiento,

y el que tenías tratado

2440

en Cleves, con más acierto,

dejará quejoso al duque.

REY: Pues ¿qué remedio más cuerdo?

ROSELO: A ver lo que Enrique dice,

que casamientos violentos,

2445

como tú sabes, señor,

nunca tienen buen suceso.

Salen ENRIQUE, preso, LEONELO y guarda

LEONELO: Aquí viene preso Enrique.

ENRIQUE: Aquí, señor, vengo preso

y inocente de la causa,

2450

haciendo testigo al cielo

que ni a Celia hablé en su reja

ni sé de su padre muerto

más de que lo dicen todos.

REY: Enrique, todo el proceso

2455

se resuelve en que ella dice

que eras tú, con juramento.

ENRIQUE: Pues ¿qué ley condenar puede

con un testigo?

CELIA: No vengo

a pedir justicia yo,

2460

que en la causa que eres reo

soy parte y soy abogado,

y al rey que perdone ruego.

Pésame de que lo niegues,

pues en mi reja es tan cierto 2465
que te hablé cuando salió
mi padre, celoso y necio,
dándote causa a matalle.
ENRIQUE: Si te hablé, si yo le he muerto,
quíteme el cielo la vida. 2470
Antes bien, Celia, sospecho
que esa noche caminaba
a mi aldea, descontento
de ver tantos testimonios,
y mira que no merezco, 2475
Celia, el mayor de tus labios.
REY: Enrique, yo hallé remedio,
a que no has de replicar,
para quedar satisfechos
Celia, Mauricio y su casa. 2480
Parte a tus estados luego
con ella, donde te cases
--mira si es partido honesto--
y no vuelvas a la corte
hasta que, juntando el reino, 2485
te mande lo que has de hacer.

Vanse el REY y ROSELO

ENRIQUE: Tu voluntad obedezco,
pues dices que no replique.
Vamos, señora, que creo
que os debo notable amor, 2490
pues con este fingimiento
me queréis por vuestro, en fin.
CELIA: Yo, conde Enrique, no os fuerzo.
Si no fuere vuestro gusto,
ahora estamos a tiempo. 2495
ENRIQUE: ¡Leonelo!
LEONELO: ¿Señor?
ENRIQUE: Aquí
pensabas traerme preso
y fue engaño, porque entonces
vine libre y preso vuelvo.

Vanse. Salen NARCISA y JUANA

NARCISA: Mucho tarda Tirso, Juana, 2500
que siguiendo al conde fue.
JUANA: ¡Que en esta locura dé
tu loca esperanza vana!
NARCISA: ¿Qué quieres? No puedo más.
Y si tan perdida estoy 2505
es por no ser lo que soy.
JUANA: Con esta prisión estás
más perdida que solías.
¿Qué nuevo ser tienes ya
que, muerto Albano, te da 2510
causa a tan locas porfías?
NARCISA: Es, Juana, un grande secreto
que no se puede saber
hasta venir a tener
mis pensamientos efeto. 2515
¡Ay, Dios! Si el conde mató
al gobernador, ¿qué espero?
Pues al engaño primero
este segundo añadió;
que el venir a nuestra aldea 2520
fue para poder negar
que no le pudo matar.
Pues si él a Celia desea,
si la sirve y quiere tanto,
¿para qué quiero ser yo 2525
más que hasta aquí, pues me dio
más causa para más llanto?
¡Fuentes, a mi llanto iguales,
o trasladaos a mis ojos
o mis lágrimas y enojos 2530
a vuestros puros cristales!
Antes que fuese quien soy
menos mis penas sentía;
por no ser lo que solía,
en mayor desdicha estoy. 2535

Sale TIRSO

JUANA: No te aflijas, que ya viene
Tirso.

TIRSO: Siempre soy correo
de malas nuevas.

NARCISA: Ya veo
que el conde peligro tiene.
¿Está el rey muy enojado? 2540
¿Hay contra su sangre ley?
TIRSO: Ya no está enojado el rey,
sino Enrique está casado.
¡Presto lo he dicho, a la fe!
NARCISA: ¿Casado? ¡Triste de mí! 2545
TIRSO: O viene a casarse aquí,
que del rey concierto fue
por la muerte de Mauricio.
NARCISA: Luego ¿con Celia se casa?
TIRSO: Él se casa, y en tu casa. 2550
NARCISA: ¡Quién tuviera más juicio!
TIRSO: ¿Para qué?
NARCISA: Para tener
mucho que perder aquí.
¿Que se casa el conde?
TIRSO: Sí.
NARCISA: ¿Y que es Celia su mujer? 2555
TIRSO: Si no lo crees, advierte
que los coches llegan ya.
NARCISA: Amor, paciencia, que está
vuestra esperanza a la muerte.

***Salen FELICIANO y criados, CELIA, de camino, ENRIQUE y
CLARA***

ENRIQUE: En esta pequeña aldea, 2560
falda de este monte, vivo;
aquí me tiene cautivo
el rey, que mi fin desea,
y aquí me manda vivir.
CELIA: ¡Buen sitio, monte extremado, 2565
lindas aguas, fresco prado!
¡Clara, no hay más que pedir!
¡Qué buena casa!
CLARA: No creo
que la hay en París mejor.
CELIA: ¿Qué alcaide tenéis, señor, 2570
en esta casa?
ENRIQUE: El deseo
de que en ella os halléis bien;

pero vive en ella agora
 una honrada labradora
 y su familia también. 2575
 Murió su padre, a quien yo
 fiaba mi hacienda junta.
 CELIA: ¿Dónde está?
 TIRSO: (Por ti pregunta.) **Aparte**
 CELIA: ¿No está aquí?
 NARCISA: (Dile que no.) **Aparte**
 TIRSO: Señora, dice Narcisa 2580
 que no está aquí.
 CELIA: Si sois vos,
 ¿por qué no llegáis?
 NARCISA: (¡Ay Dios!) **Aparte**
 CELIA: ¿No sabéis andar aprisa?
 NARCISA: Cuando voy a la ciudad
 tras el pollino, con Juana, 2585
 bien sé andar.
 CELIA: ¡Buena villana!
 NARCISA: Buena sea su verdad,
 que cierto que me lo debe,
 porque cualquiera que al conde
 quiere bien, me corresponde. 2590
 JUANA: (A mucho tu amor se atreve.) **Aparte**
 CELIA: Clara, ¿no parece mucho
 a doña Sol?
 CLARA: Es retrato.
 NARCISA: Era sol, y el tiempo ingrato
 noche me volvió. 2595
 ENRIQUE: (¿Qué escucho? **Aparte**
 ¿Ay, Feliciano, qué haré?)
 FELICIANO: (¿Qué puedes hacer, señor?) **Aparte**
 CELIA: Si no es doña Sol, error
 de Naturaleza fue.
 NARCISA: Como eso hará la Fortuna, 2600
 que es tela de tornasol.
 "Púsoseme el sol,
 salióme la luna;
 más valiera, madre, la noche oscura."
 CELIA: Pues aquella labradora 2605
 mucho a la dueña parece.
 CLARA: La imaginación ofrece
 tales engaños, señora,

que aquel villano también
me parece al escudero. 2610

CELIA: Conde, ver la casa quiero,
que me parece muy bien.

NARCISA: A saber que sus mercedes
venían, otro aparejo
toviera; como un respejo 2615
rellocieran las paredes.
Pésame que la espetera
como solía no esté;
pero yo la lumpiaré
por de dentro y por de huera. 2620

A la he, no ha de quedar
cosa en casa que no mude,
aunque la presona sude
cuando pensó descansar.
Todo está con la prisión 2625
del conde desbaratado,
que, a saber que era casado,
era forzosa ocasión
de que se mudara todo;
pero agora lo será. 2630

CELIA: La labradora me da
gusto.

CLARA: El hablar de aquel modo,
aunque grosero, es donaire.

NARCISA: (Pues a mí no me le ha dado **Aparte** 2635
que tan presto hayan llegado.
Mas viene el mal por el aire.)

Vanse todos, menos NARCISA y ENRIQUE

NARCISA: Escuche su señoría,
que acerca de aderezar
la casa hay que preguntar. 2640

ENRIQUE: ¿Qué quieres, Narcisa mía?

NARCISA: Traidor conde, ¿qué te hacía
el alma que has engañado?
Si a Celia la tuya has dado,
¿por qué veniste a casarte, 2645
pudiendo excusarlo en parte
que yo te viese casado?

ENRIQUE: Fue del rey la voluntad.

NARCISA: Luego ¿el rey te señaló
que vinieses donde yo 2650
te viese con tal crueldad?
ENRIQUE: Y tú ¿piensas que es verdad
que maté a Mauricio yo?
NARCISA: Yo no sé quién le mató.
ENRIQUE: ¿No ves mi inocencia en mí? 2655
NARCISA: Conde, tus traiciones, sí;
pero tus desdichas, no.
¡Vive el cielo, que eres hombre!
Esto digo y esto siento;
no hay más encarecimiento 2660
que deciros este nombre.
Pero deja que me asombre
que el rey te dé por castigo
casar a Celia contigo;
que si primero me has muerto, 2665
fuera más justo concierto
que te casaras conmigo.
¡Válgame Dios, qué mudanza
cupó en tan grande nobleza!
¡Mi arrogancia y mi bajeza 2670
dieron al amor venganza!
¿Qué pensaba mi esperanza
cuando se fundaba en ti?
Pues advierte que nací
mejor que tú y que he de ser 2675
en la venganza mujer
para vengarme de mí.
ENRIQUE: ¡Mi bien!
NARCISA: La lengua detén,
que de experiencia he sacado
que, cuando me has engañado, 2680
siempre me has dicho "¡Mi bien!"
Yo te dije aquí también
que te podía igualar,
con que pudieras pensar
algún secreto valor. 2685
Mas, teniendo a Celia amor,
¿qué te pudiera obligar?
ENRIQUE: Oye, amores. ¡Por tus ojos,
no te retires!

Sale CELIA

NARCISA: ¡Desvía!

CELIA: ¡No es malo, por vida mía! 2690

¿Soy causa de estos enojos?

NARCISA: ¿Agora celos y antojos?

Mas ¿qué? ¿Los tiene de mí?

¿No ve que el señor aquí
tomarme quiere las llaves 2695
de casa?

CELIA: Pienso que sabes
más de mí que yo de ti.

¿Cosa, aldeana, que fueses
la doña Sol que se esconde
y que tres hijos del conde 2700
en este lugar tuvieses?

Habla, di verdad, no ceses;
habla, licencia te doy.

Si eres Sol, a tiempo estoy,
que me holgaré que lo seas. 2705

ENRIQUE: ¡Qué mal los celos empleas!

NARCISA: Muy mal. ¿Tan rústica soy?

Señora, los hombres son
tan fáciles que a villanas
dirán, si no hay cortesanas, 2710
su poquito de razón.

No pongáis la presunción
de tan gran señora en mí;
aquí os dejo, que si fui
villana, eso mismo soy, 2715
y como quien soy me voy
al monde donde salí.

Dejad cuidados celosos,
que a casos tan levantados,
¿qué importa llegar osados 2720
si los acaban dichosos?

Mis pasos fueron dudosos,
que por no saber quién fui,
neciamente los perdí;
pero ya que me resuelvo 2725
a poner fuego, me vuelvo
al monde de quien salí.

Vase

CELIA: ¿Estas enigmas tenéis,
Enrique, en aquesta aldea,
que con vuestra dama os vea 2730
y vuestros hijos queréis?

ENRIQUE: Señora, pues ya sabéis
que es doña Sol esta dama,
volved por mí y por su fama.
Esos tres hijos tenía 2735
que doña Sol os decía.

Así se turba quien ama.
Ni os está bien el casaros
conmigo, ni al rey querer
darme tan noble mujer 2740
si no tengo de estimaros.

Adoro en mis hijos caros.
(¡Vive Dios, que no los tengo **Aparte**
pero aprovecharme vengo
de lo que ella misma dice.) 2745

CELIA: A la necedad que hice,
conde, el remedio prevengo.
No fuérades caballero
si no me desengañara
vuestra piedad. 2750

ENRIQUE: (¡Quién pensara **Aparte**
que el rey, tan bárbaro y fiero,
sin informarse primero
de la verdad de esta muerte
me casara de esta suerte!)

Sale FELICIANO

FELICIANO: ¡Brava fineza, señor! 2755

ENRIQUE: ¿Cómo?

FELICIANO: Descubrióse Amor
y viene su alteza a verte.

Salen el REY, ROSELO y LEONELO

REY: No es posible que se atreva.
ROSELO: Yo te digo lo que siento.
REY: ¡Conde! 2760

ENRIQUE: Señor, ¿merced tanta?

REY: ¡Celia!

CELIA: El rey viene a buen tiempo.

REY: Quédase de que te trate
con tanta aspereza el reino
y vengo a desengañarle.

ENRIQUE: Los favores que me has hecho
califica, gran señor,
este noble casamiento.

2765

REY: Dicen que el ser tan oculto
confirma que te aborrezco;
y no lo debe de ser
cuando tantas luces veo.
¿Qué es esto?

2770

ENRIQUE: ¿Luces aquí?

Sin duda, el rústico pueblo
celebra mi desposorio,
lo que encubres descubriendo.

2775

Sale TIRSO

TIRSO: ¡Huíd, señores, huíd,
que con la fuerza del viento,
encendidos estos montes,
podrá ser que llegue el fuego
a estas casas en que estáis!

2780

ENRIQUE: ¿Encendidos? ¿Quién ha puesto
fuego al monte?

REY: Si hay peligro,

Enrique, no le aguardemos.

ENRIQUE: No, señor, que es imposible,
estando este río en medio,
pasar el fuego al lugar.

2785

REY: Vaya alguna gente presto
a saber quién fue la causa;
que si fue con mal intento,
no ha de quedar sin castigo.

2790

ENRIQUE: (Aun aquí pienso que tengo **Aparte**
el peligro de la envidia,
pues que me viene siguiendo
desde la corte a la aldea.)

Salen LEONELO y NARCISA

LEONELO: ¡Camina, loca! 2795

REY: ¿Qué es esto?

NARCISA: ¿Qué ha de ser? Una mujer

que, habiendo perdido el seso

por desesperado amor

y sin esperar remedio,

a este monte en que nació 2800

puso fuego, presumiendo

quemar con él estas casas.

REY: Temerario atrevimiento,

y no sin causa nacido,

de un desesperado pecho. 2805

Di la ocasión y quién eres.

NARCISA: Si el perdido entendimiento

cobra algún valor mirando,

¡oh, rey, que me estás oyendo!,

oye la notable historia 2810

de mi vida y mis sucesos.

REY: La sangre me has alterado.

Di, mujer.

NARCISA: Estadme atentos.

Invicto rey Ludovico,

cristianísimo de Francia, 2815

a cuyo blasón del cielo

un ángel trujo las armas,

yo soy una labradora

que salí de las entrañas

de este monte, rudo parto 2820

de sus romeros y jaras.

Albano, un hombre de bien,

que vivió de su labranza,

fue mi padre, que a lo mismo

toscamente me aplicaba. 2825

Viví llevando a estos prados

una grosera manada

de ovejas, sin más discursos

que, con la risa del alba,

sacarlas de sus rediles 2830

por cristales y esmeraldas

de estas hierbas y estas fuentes,

y cuando el sol declinaba

al polo por donde dicen

que al mar de otro mundo pasa, 2835
 volverlas a que otra vez
 aguardasen la mañana.
 Vida que, al nacer en ella,
 sólo pudiera pasarla
 mujer que iguales tenía 2840
 el ingenio y las desgracias.
 Era sayal mi vestido
 ordinario la semana,
 y de algún paño grosero
 la fiesta, sayuelo y saya. 2845
 Sobre el cabello, que siempre
 me cubrió toda la espalda,
 sombrero para los soles
 y gabán para las aguas.
 Vino el conde a nuestra aldea 2850
 y, andando una tarde a caza,
 como dicen las historias,
 vióme en un prado sentada.
 No sé qué le parecí
 la crespá melena echada, 2855
 con los naturales rizos
 que el artificio ignoraban,
 que me dijo, y lo creí,
 "Agrádame la villana,
 que no siempre a los señores 2860
 agradan las cosas altas."
 Dio en venirse cada día
 donde yo segura estaba,
 y de un disparate en otro
 me puso en locura tanta 2865
 que en un pedazo de espejo
 di en mirarme las mañanas,
 más que por verme yo a mí,
 por ver lo que le agradaba.
 Aconsejóme el cristal 2870
 --¡qué mal consejo! ¡Mal haya
 quien fía en vidrio tan débil
 materias de confianza!--.
 Él, finalmente, me dijo
 que me pusiese en la cara 2875
 cierto color que me dio
 una vecina casada.

Con esto al campo salía,
 de verme querer tan vana
 que en cualquier fuente del prado 2880
 por instantes me miraba.
 Ya no dormía de noche;
 que es violencia temeraria
 la primera voluntad,
 y más tan bien empleada. 2885
 Porque cuando yo me vía
 una rústica aldeana
 y de un príncipe tan grande
 con tan grande extremo amada,
 desvanecíme de suerte 2890
 que en todo el pueblo no hallaba
 adonde el alma cupiese,
 tan grande me vino el alma.
 Con los regalos del conde
 atrevíme a seda y plata 2895
 y, aunque en traje labradora,
 era en los adornos dama.
 En estos medios llamaste
 a Enrique, y de la esperanza
 de ser rey, le dio un olvido 2900
 que fue de mi muerte causa.
 Enamoróse de Celia,
 fui a la corte, y pude hablarla
 en hábito de señora,
 para decirle que estaba 2905
 casado el conde, fingiendo
 que doña Sol me llamaba.
 También, señor, te engañé
 diciéndote que una hermana
 me había forzado el conde, 2910
 para quitarle tu gracia.
 Con esto volvió a la aldea,
 que esto "del monte" no habla
 que de él sale quien le quema
 por quemar sus robles y hayas, 2915
 sino porque los criados
 o mujeres de una casa,
 como testigos de vista
 son los que a los dueños matan.
 Estando el conde en la corte 2920

murió Albano, cuya extraña
 y rústica condición
 mi nacimiento ocultaba,
 con un papel y una joya
 hallé en un cofre una caja. 2925
 El papel decía, "Aquí,
 del condestable de Francia,
 llegó Floripes, su hija,
 fugitiva de su espada.
 Parió del rey Ludovico 2930
 a Isabela, que hoy se llama
 Narcisa." Tomé la joya,
 que es este anillo que engasta
 esta hermosa flor de lis
 de diamantes coronada. 2935
 Pero, estando yo tan cierta
 de ver que al conde igualaba,
 hija del rey y su prima,
 me dicen que el rey le casa
 porque dio muerte a Mauricio 2940
 y por ser en tu desgracia.
 Vienen los dos a la aldea
 donde yo, desesperada,
 poniendo fuego a este monte,
 pretendí tomar venganza, 2945
 creyendo que poco a poco
 llegara el fuego a su casa.
 Pero, esforzándose el viento
 y deteniéndole el agua,
 sólo descubrió mis celos 2950
 y mi esperanza burlada.
 Yo soy Isabela, rey,
 que, como mujer que ama
 y que sin saber quién era,
 vencida de su ignorancia 2955
 y animada de valor
 de ser tu hija, intentaba
 lo que has visto y has oído.
 No te pido que deshagas
 el casamiento de Celia; 2960
 pero que si fue la causa
 matar el conde a Mauricio,
 vuelvas, señor, por su fama,

con hacer información;
 porque si conmigo estaba 2965
 el conde en aquesta aldea
 cuando en la corte a aquél matan,
 no es razón que yo le pierda,
 si no es que en tu amor no hallan
 ni remedio mis desdichas 2970
 ni puerto mis esperanzas.
 REY: Muestra el anillo o testigo
 firme de verdad tan clara.
 Dame tus brazos, que el cielo
 esta dicha me guardaba 2975
 para consolar la muerte
 del príncipe, pues a Francia
 dejaré tales dos reyes
 de mi sangre y de la casa
 de Guisa. 2980

ROSELO: Advierte, señor,
 que si a Celia dar pensabas
 a quien a su padre ha muerto,
 yo soy, que con tal desgracia
 le maté sin conocerle.
 REY: Celia, no hay que satisfaga 2985
 mejor su muerte.

CELIA: Tu gusto
 para mi remedio basta.
 TIRSO: Al escudero y la dueña
 ¿no dan sus mercedes nada?
 ENRIQUE: Este monte en dote. 2990

TIRSO: ¿Agora
 que está quemado?

ENRIQUE: Aquí acaba
 Del monte sale, que dio
 tan ilustre reina a Francia.

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega. "Del monte sale quien el monte quema." Association for Hispanic Classical Theater, 2026.
<https://www.comedias.org/obras/del-monte-sale-quien-el-monte-quema/>